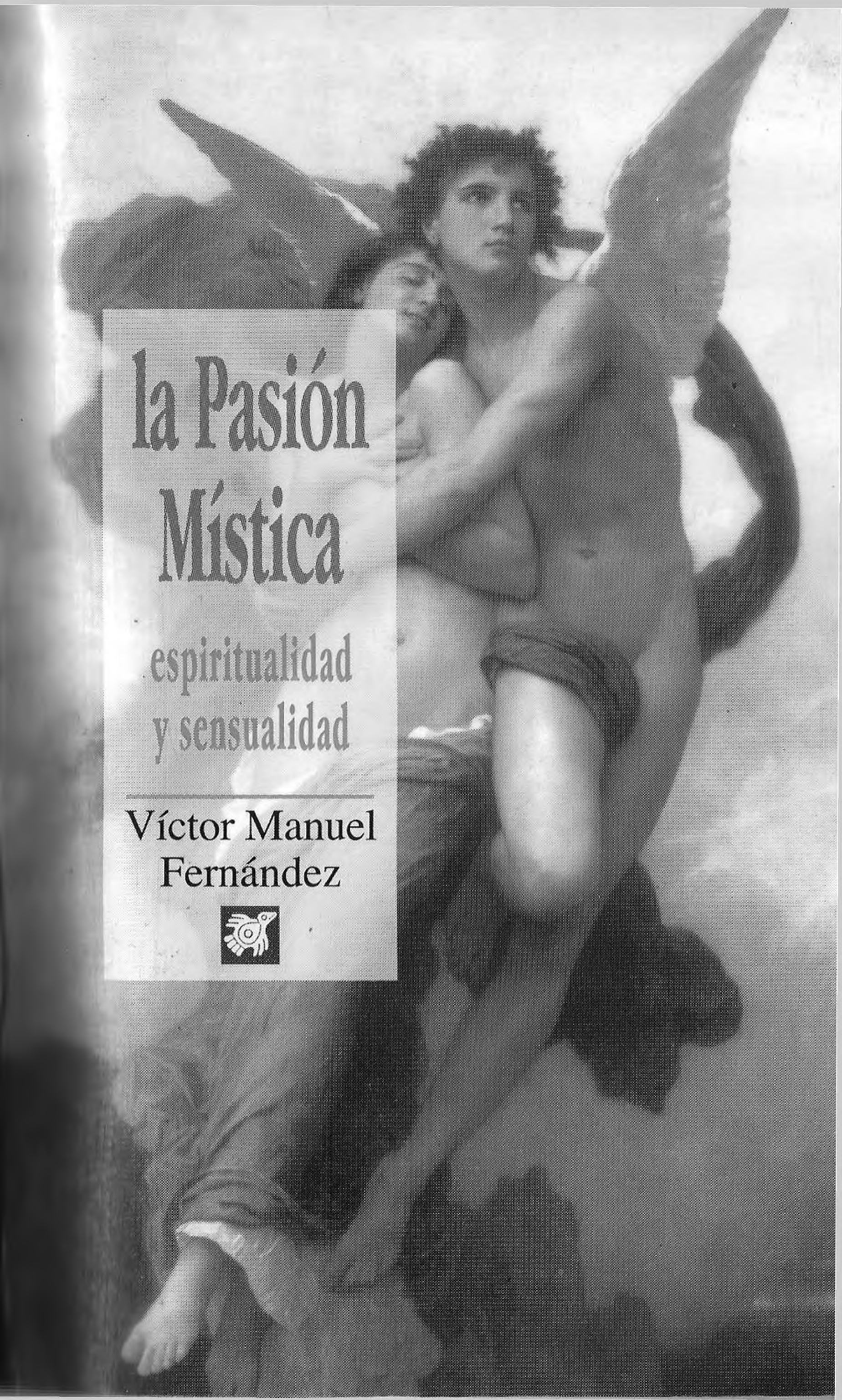


Esta obra es una invitación a un mundo de amor apasionado que se esconde en lo más profundo de nuestro ser. Aquí se nos invita a caminar con los hombres y mujeres más pasionales de la historia por los sublimes senderos de la unión mística hasta llegar a un punto en el que nos parece rozar lo imposible. Atrevámonos a vivir esta aventura.




ISBN: 970-652-052-X
9 789706 520524


la Pasión
Mística
espiritualidad
y sensualidad
Víctor Manuel
Fernández

Diseño de portada e ilustraciones del interior: *Ricardo Aguilar*

Tipografía y armado: *Irma García Cruz*

Calzada del Acueducto 165-D
Col. San Lorenzo Huipulco
Apdo. Postal 69-710
14370, México, D.F.
Tel. y fax 6 55 03 96
Tel. 5 73 87 78

e~mail: dabar@data.net.mx

ISBN: 970-652-052-X

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial n. 2500.

Impreso y hecho en México, diciembre 1998.

Presentación

Esta obra es una invitación a un mundo de amor apasionado que se esconde en lo más profundo de nuestro ser.

Aquí se nos invita a caminar con los hombres y mujeres más pasionales de la historia por los sublimes senderos de la unión mística, hasta llegar a un punto en el que nos parece rozar lo imposible. Atrevámonos a vivir esta aventura.

El autor es sacerdote, doctor en Teología, ha hecho estudios de Sagrada Escritura y de Sicología Religiosa en Roma, es perito de la Comisión de Fe y Cultura del espiscopado argentino y es autor de varios libros y artículos de autoayuda y espiritualidad.

1 El fuego del amor divino

En la Biblia hay textos maravillosos que hablan del amor de Dios y de sublimes experiencias humanas, en las que el corazón ha sido tocado por la flecha encendida de la ternura divina.

A cada uno de nosotros Dios nos dirige palabras de amor, como cuando dice: "Tú eres precioso para mis ojos, y yo te amo" (Is 43, 4). Además, encontramos en la Biblia imágenes muy variadas que nos hablan de amor. Veamos algunos ejemplos:

Aunque tu madre se olvidara de ti, yo no te olvidaré, dice el Señor (Is 49,15).

Con palabras como éstas, Dios toca las fibras más íntimas del corazón, donde guardamos muchas heridas por no haber recibido suficiente amor de nuestros

seres queridos, o por haber sido mal amados. Por eso a veces sentimos como que estamos de más en esta tierra, o que nadie nos tiene realmente en cuenta, o que para nadie somos verdaderamente importantes. Pero Dios nos dice que, aunque todos se olviden de nosotros, su amor es firme como la roca, estable y seguro. No puede olvidarnos porque somos obra de sus manos. Por eso también nos dice:

Yo te amé con un amor eterno (Jer 31,3).

Esto significa que esperó eternamente nuestro nacimiento. Aunque nuestros propios padres no nos hubieran esperado con cariño, él sí nos esperaba, porque pensó en cada uno de nosotros desde toda la eternidad. Y si los demás nos esperaban con otro sexo, con otro color de piel, con otra cara, Dios nos esperaba así como somos; ama nuestro rostro, nuestra voz, nuestro temperamento, porque desde toda la eternidad le pareció bien así. Y si nos abrimos a su amor, puede hacer maravillas con nosotros.

Pero no le basta decirnos eso; quiere regalarnos palabras más apasionadas:

Mira, yo te llevo tatuado en la palma de mis manos; estás ante mis ojos permanentemente (Is 49,16).

Antiguamente no existían las fotografías. Por eso, los que se enamoraban con locura se hacían tatuar el rostro de la amada en la palma de las manos para contemplarla a cada momento. Dios nos dice que no puede olvidarnos, porque nos lleva tatuados en la palma de sus manos. Somos inolvidables para él, que siempre

nos mira con amor. Eso no quiere decir que solucionará todos nuestros problemas, sino que en medio de nuestras amarguras nos ofrece la fuerza y el fuego de su amor para enfrentar todo.

Sin embargo, algunas personas escapan de Dios porque tienen una falsa imagen de él. Lo imaginan como alguien triste o amargado. Pero ése no es el Dios que nos presenta la Biblia:

Tu Dios está en ti, es un poderoso salvador. Él grita de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de alegría (Sof 3,17).

Y también me dice que, aunque no lo descubría, él ha estado desde mi más tierna infancia tratando de atraerme "con lazos de amor" (Os 11,1-9), para comenzar una aventura sublime.

Si recorremos la Biblia, nos encontramos con una multitud de cantos de amor, con cientos de piropos que el corazón enamorado dirige a Dios. Veamos algunos ejemplos:

El Señor se cubrió de gloria... Él es mi fortaleza y mi canción (Éx 15,1-3).

Sepan que el Señor mima a su amigo (Sal 4,4).

Tú diste a mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino nuevo (Sal 4,5).

Cantaré tus maravillas. Quiero alegrarme y gritar de gozo por ti, cantar a tu nombre, Altísimo (Sal 9,2-3).

Bendito sea el Señor, que me ha brindado maravillas de amor (Sal 31,22).

¡Oh Dios, qué precioso es tu amor! Por eso los hombres se cobijan a tu sombra... Calman su sed en el torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente de la vida (Sal 36,8-10).

Como el ciervo sediento suspira tras las corrientes de agua, así suspira mi alma buscándote, Dios mío (Sal 42,2-3).

Tu amor vale más que la vida, te alabarán mis labios. Quiero bendecirte en mi vida, levantar las manos en tu nombre, empaparme de delicias y alabarte con labios felices (Sal 63,3-6).

Yo grito de alegría a tu sombra, mi vida se aprieta contra ti (Sal 63,8-9).

¡Bendito sea el Señor, el único que hace maravillas! ¡Bendito sea su nombre glorioso para siempre, toda la tierra se llene de su gloria! ¡Amén, amén! (Sal 72,18-19).

¡Mi carne y mi corazón se consumen. Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre! (Sal 73,25-26).

¡Señor, Dios mío, qué grande eres! Vestido de grandeza y hermosura, te cubres con el manto de la luz (Sal 104,1-2).

¡Den gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor! (Sal 118,l).

Pero lo más asombroso es que el Señor se presenta como esposo. Por eso vale la pena que nos detengamos en los libros de Oseas, Jeremías y Ezequiel, en los que nuestra relación con Dios aparece como una conflictiva historia de amor.

En el libro del profeta Oseas, Dios se presenta como un enamorado celoso de su pueblo. Este es como una prostituta que a cada rato se va detrás de otros amores. Entonces, el Señor no tiene más remedio que llevarlo al desierto, para seducirlo y conquistar su corazón:

Ella se adornaba con sus joyas y se iba detrás de sus amantes, olvidándose de mí. Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón (Os 2,15-16).

Afirma que él mismo se dedicará a sanar a su pueblo y a cambiar su corazón, y volverá a tomarlo como esposa:

Te desposaré conmigo para siempre Yo sanaré tu infidelidad, te amaré gratuitamente... Seré como un rocío para ti (Os 2,21; 14,5-6).

Eso mismo se aplica a nuestra relación con Dios, a nuestra historia de amor con él, con tantos olvidos e infidelidades.

También en el libro de Ezequiel se presenta esta historia de amor. En él Dios habla de su encuentro con el pueblo como si fuera un enamorado y el pueblo fuera su amada. Se presenta como un loco amante que la conoció cuando era pequeña, le salvó la vida, la cuidó

con inmenso amor, y, cuando estaba en edad de unirse a él, hizo alianza de amor con ella:

Entonces me comprometí con juramento e hice alianza contigo, y tú fuiste mía (Ez 16,7-8).

Por esta alianza la llenó de placeres, la protegió, la vistió como una reina; pero ella sólo se contemplaba a sí misma, se sentía digna de todo eso, y se fue detrás de otros amores:

Tú te enorgulleciste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, regalaste tu sensualidad a todos los que pasaban... No te acordaste de los días de tu juventud... ¡Oh, qué débil era tu corazón! (Ez 16,15.22.30).

Luego describe cómo esta actitud terminó volviéndose en contra de ella misma, que dejó de resultar atractiva y comenzó a ser despreciada y ultrajada, burlada y olvidada: "Tú misma soportas las consecuencias de tu infamia" (Ez 16,58).

Pero, como más allá de nuestros méritos, la iniciativa siempre es de Dios, queda siempre la posibilidad de que ofrezca una nueva oportunidad y comience algo nuevo:

Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud y estableceré a tu favor una alianza eterna... (Ez 16,60-62).

También el profeta Jeremías presenta a Dios como un enamorado celoso que siente nostalgia de nuestro amor:

De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; cuando tú me seguías por el desierto, por la tierra no sembrada (Jer 2,2).

¡Si volvieras, si a mí volvieras! (Jer 4,1).

El profeta mismo dice que ha sido seducido por Dios, y presenta su relación con el Señor como un apasionado juego amoroso donde Dios termina conquistando el corazón, a pesar de todas las resistencias:

Me has seducido Señor, y fui seducido. Me has agarrado y me has podido (Jer 20,7).

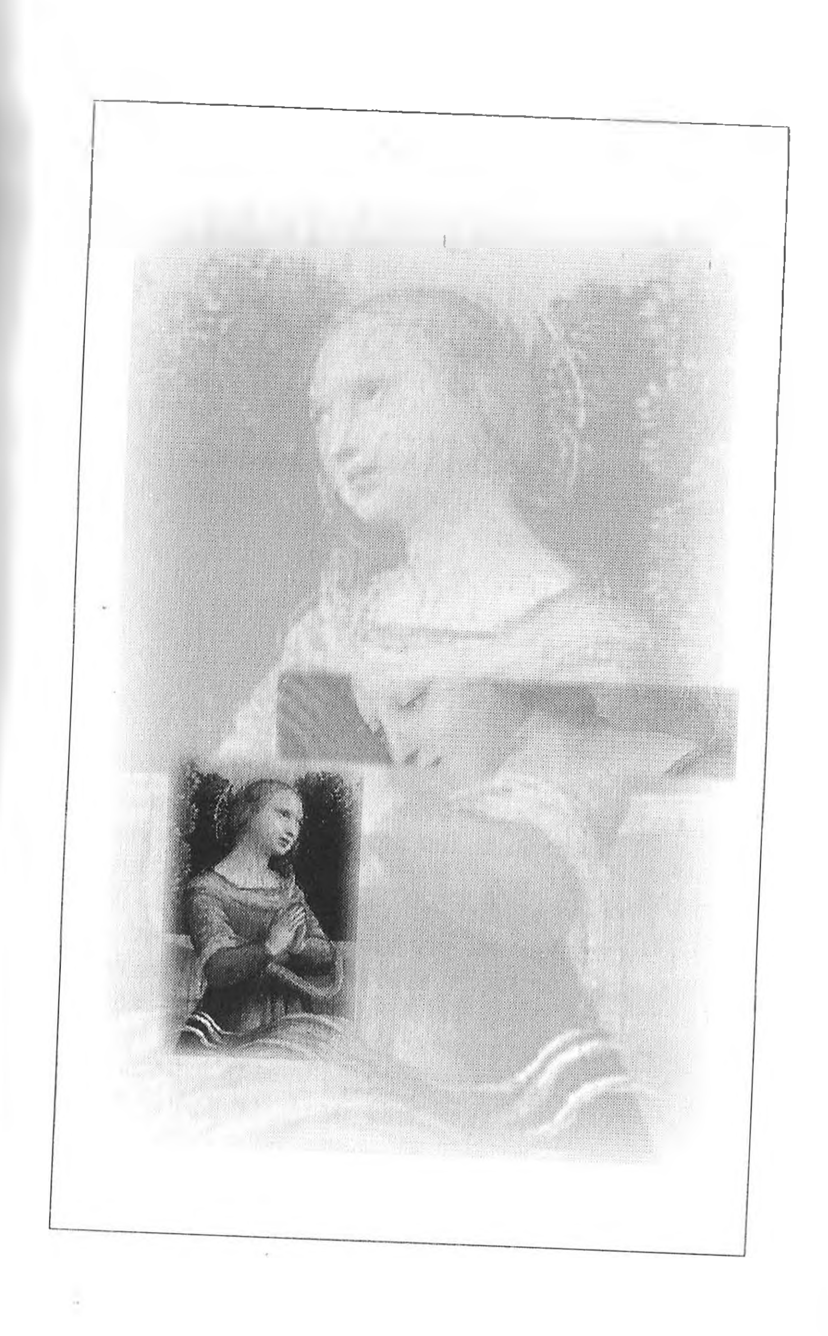
Siguiendo estas imágenes de los profetas, la tradición judía comenzó a interpretar el Cantar de los Cantares, que simplemente se refería al amor de la pareja, en el sentido del amor entre Dios y su pueblo. Posteriormente, como el Nuevo Testamento suele aplicar a los individuos lo que en el Antiguo Testamento tenía una sentido más colectivo (cfr. Heb 13,5 y Dt 31,6; Ap 5,10 y Éx 19,6; He 2,3.18), la espiritualidad cristiana aplicó el Cantar de los Cantares y todas las palabras de amor del Antiguo Testamento a la relación entre Dios y cada persona. Luego aprovecharemos algunos comentarios que los místicos cristianos hicieron sobre el Cantar de los Cantares. Yo mismo he encontrado experiencias espirituales de muchas personas que se han sentido expresadas en las palabras del Cantar. Recuerdo, por ejemplo, una joven que, cuando estaba triste o deprimida, recordaba en la oración unas palabras del Cantar que le hacían levantar el ánimo. Imaginaba que Cristo, con las palabras del esposo del Cantar, le decía: "Levántate, amada mía, y ven hermosa mía"

(Cant 2,10). También recuerdo el hermoso testimonio de un joven que acompañaba a su esposa en el parto. Esperaban una niña. Y cuando la niña estaba naciendo, en medio de la emoción recordó las palabras del Cantar y comenzó a gritar a su hijita que nacía: "Levántate, amada mía, y ven hermosa mía". Él explica que lo que en realidad había sentido era que Dios lo había usado como instrumento para recibir a su niña con aquellas palabras de amor.

También Jesús aparece como un novio (Jn 3,29) y como un esposo cariñoso (Ef 5,25.29). El encuentro de amor con Cristo llevó a San Pablo a expresarse con especial ternura:

Ya no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí. Y la vida que llevo en este mundo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí (Gál 2,20).

Ahora imaginemos el encuentro de Jesús con la samaritana, junto al pozo (Jn 4), e imaginemos cómo Jesús se fue adueñando del corazón de aquella mujer. Pero, al mismo tiempo, dejemos que haga lo mismo con nosotros.



2 un pozo de pasión sublime

"Allí, junto a aquel pozo,
convidaste, Señor, a mi alma herida...
Ella, la pecadora,
del mal de tus ausencias padecía,
y en un instante descubrió los hondos,
los claros manantiales de la dicha...
¡Oye, no pases tan de prisa!
Aquí está mi pozo, el corazón, el agua,
reposa tu fatiga.
¡Dime tus palabras! Que haga un alto
tu amor en mi conquista.
Mira el brocal del corazón,
y siéntate aquí junto a mi vida..."
(Félix García)

Jesús, voy hacia el pozo, allí donde te sientas, allí donde esperas beber de mí. Pero sé que tu sed es sed de dar, es un ansia divina de derramar amor. Tu sed es el anhelo de saciar la mía.

Por eso, como el ciervo lastimado y sediento voy a ti, Señor, allí donde quieres convidar a mi alma herida. Allí, junto al pozo, donde quieres hacer alianza conmigo para siempre.

¡Cuántos amores me ofrecieron alianza! ¡Cuántos dioses de este mundo buscaron seducirme, pero luego me cansaron, me decepcionaron, no me dieron todo lo que prometían! ¡Cuántas necesidades enfermizas se hicieron rogar para que las buscara con mayor fiebre y desenfreno! ¡Cuántas vanidades, deseos, envidias, tristezas y resentimientos! ¡Cuántas veces sellé alianzas que no alimentaron mi alegría, sino que se comieron mi libertad, me dejaron sin aire y sin luz, devoraron mi capacidad de amor, desgastaron sin piedad mi vida!

Por eso, Señor, vuelvo a ti. Después de haber adorado los cuerpos, los honores, las comodidades, las seguridades humanas; después de haber acariciado con lascivia mi propio yo. Hoy vuelvo a ti, vida mía, fortaleza mía, ternura mía.

Y cada célula mía que antes vivió inquieta, buscando caricias y roces por todas partes, hoy te busca a ti, se estremece por ti, sueña contigo.

Hoy estoy sólo para ti...
Y allí estás junto al pozo, esperando.

Nadie nos mira, nadie lo ve, nadie puede divisar esta escena, nadie puede ser testigo. Lo sabemos sólo tú y yo.

Y me acerco tímido y temblando, como un niñito, como una adolescente enamorada, como lo que soy: una minúscula parte de tu inmensa creación, una nada ante tu perfección infinita.

Pero me acerco también con una inmensa confianza, porque soy una nada infinitamente amada. Y aunque en tu gloria inmensa no me necesitas, no ignoro que me has buscado muchas veces, que has intentado seducirme y has aceptado, con una paciencia maravillosa, que yo te hiciera esperar.

Ahora me acerco a ti, Jesús, junto al pozo, y no se me ocurre decirte nada. Sólo una palabra, la más bella que puedo pronunciar, la más preciosa, suave y cautivante: tu nombre. Tu nombre que es como el eco de todas las cosas bellas, tu nombre que es como resumir en dos sílabas lo más maravilloso de la vida: Jesús, Jesús...

Y tú, Jesús, como inundado de luz, vestido de paz, envuelto en un gozo sin límites, me invitas a que me arroje en tus brazos. Tus brazos firmes, fuertes, seguros. Tus brazos incapaces de hacerme daño. Tus brazos de amor que pueden enfrentarse a todo y conseguir lo imposible. Tus brazos que se dejaron clavar en la cruz y parecían frágiles e impotentes, y ahora están repletos de vida definitiva, de belleza, de admirable fortaleza. Es el poder de Dios que me sostiene, que me defiende, que me protege con tus brazos humanos.

Y aquí, pequeño frente a ti, experimento la más preciosa ternura humana, el calor de una piel como la mía, pero mucho más atractiva y bella. Siento vibrar todo el sentimiento y todo el afecto aquí en tus brazos. Y siento que recupero en este abrazo todas las caricias que me faltaron; este abrazo me devuelve de golpe todo el amor que otros me negaron. Todo mi ser descansa y goza satisfecho, toda mi intimidad reposa en tu paz, porque este abrazo me comunica de una vez la apasionada ternura, el fuego de amor que tanto necesité y nunca pude encontrar del todo.

En tu abrazo no hay miedos, Señor, no hay desconfianza, no hay celos ni desenfreno, no hay interés ni lujuria, no hay aburrimiento ni rutina. En este abrazo lo recibo todo, todo se sana, todo se serena, todo queda colmado.

Y ahora, rodeado por tus brazos, acariciado por tu piel, dejándome bañar por tu respiración, me parece que algo nuevo estás haciendo, Jesús. No te vas de mi lado, siguen estando tus brazos, tu piel, tu calor, tu hombro que me sostiene. Pero ahora estás entrando en mí, te estás apoderando de mi intimidad, del centro más profundo de mi corazón. Sin violentarme, sin obligarme, con una infinita delicadeza.

Y te estoy permitiendo que inundes ese sitio más hondo de mi ser, En un instante sublime, increíble y sobrenatural, llegas a tocar lo más delicado de mi intimidad con el fuego de tu amor divino y humano, para que nunca más desconfíe de tu amor, para que sepa de una vez que puedes dármelo todo.

Mi Señor, mi amor, mi alegría, mi todo. Descanso en ti como nunca. Todo reposa, todo se sana, todo se libera.

Aquí, junto al pozo...

3 Una loca historia de amor

Hagamos ahora un maravilloso recorrido por los escritos de los santos, para asombrarnos con la apasionada historia de amor que han vivido en su encuentro con Dios.

Nadie puede negar que una buena relación con Dios tiene un poder benéfico sobre la vida, y es capaz de brindar una alegría y una libertad espiritual que no alcanzan los que ignoran a Dios. En toda la historia del cristianismo encontramos cientos de testimonios de hombres y mujeres que han vivido su relación con Dios con un amor apasionado, fervoroso, lleno de ternura, y no precisamente porque no fueran capaces de disfrutar de la vida, no porque fueran aburridos o ton-

tos. Quizás el ejemplo más claro sea el del mundano san Agustín.

Difícilmente podremos encontrar un hombre más apasionado por las vanidades del mundo, más entusiasmado por los placeres terrenos, más sumergido en la vorágine de las pasiones humanas. Agustín probó y disfrutó todo tipo de emociones y deleites; por ejemplo, el atractivo del contacto carnal, el fervor y la embriaguez del sexo:

> *Ardía en el deseo de saciar mis más bajos apetitos y me hice como una selva de sombríos amores (*Confesiones*, 2, 1).*

> *No era capaz de distinguir entre la serenidad del amor y el fuego de la sensualidad. Ambos ardían en confusa efervescencia y arrastraban mi debilidad... Me excedí en todo... Le concedí el cetro a la lujuria y con todas mis fuerzas me entregué a ella (2,2).*

Pero también conoció una vida de amor y de placer más serena, cuando decidió convivir con una mujer, sin unirse en matrimonio, pero siéndole fiel (4,2).

También se dejó arrastrar por la pasión de la competencia y de la vanidad:

> *Estaba desbocado, con una ceguera tal, que no podía tolerar que me superaran ni en las malas acciones los compañeros que se jactaban de su corrupción... Y cuando no tenía un pecado real para competir con esos perdidos, inventaba uno que no había hecho, para no parecer menos bajo que ellos (2,3).*

También en los juegos me vencía la vanidad de sobresalir, y me las arreglaba para conseguir victorias fraudulentas (1,19).

Y podríamos mencionar muchas debilidades más. Veamos sólo algunas:

Vencido por la avidez del dinero, vendía victoriosas locuacidades (4,2).

Yo no dejaba de consultar a los astrólogos (4,3).

Me preparaba para recitar un panegírico del Emperador, en el cual iba a decir muchas mentiras para ganar el favor de los que sabían que mentía (6,6).

Me busqué otra mujer. No como esposa, sino para fomentar y prolongar la enfermedad de mí alma (6,15).

Y, sin embargo, nada de eso le impidió encontrar a Dios, porque el amor de Dios es más fuerte. Finalmente, Agustín decidió entregarse a Dios, y tuvo una experiencia maravillosa que cambió totalmente su vida. Podríamos pensar que Agustín, a pesar de disfrutar de Dios, tuvo que sufrir mucho por dejar sus vicios. Pero él dice algo muy diferente:

Qué suave me pareció desde el primer momento el carecer de las suavidades que tanto temía perder; y me llené de gozo por haberlas perdido. Porque tú, suavidad suprema y verdadera, las arrancabas de mí y en su lugar entrabas tú, que eres más dulce que todos los placeres (9,1).

Además, Agustín llegó a lamentarse de haber gastado tanto tiempo, entretenido con esos placeres mun-

danos, y se quejaba de no haberse entregado antes al amor de Dios:

> *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! Tarde te amé... Pero tú me llamaste, y más tarde me gritaste, y rompiste mi sordera. Con tu brillo espléndido venciste mi ceguera. Derramaste tu perfume y ahora suspiro por ti. Gusté de ti y ahora tengo hambre y sed de tu sabor. Me tocaste, y ardí en tu paz (10,27).*

Puede parecernos extraño que un hombre de mundo, que disfrutó tan a fondo de los placeres terrenales y se metió tan a fondo en las vanidades humanas, a partir del encuentro con Dios haya empezado a considerar tan poco atractivas todas esas cosas. Pero ese paso sólo es posible a partir de una experiencia de Dios en la que el amor de Dios es experimentado con todo el ser, con pasión y profundidad. No es que Dios lo haya saciado completamente, sino que le hizo experimentar un amor que lo dejó con más hambre de ese mismo amor, y le hizo ver lo poco que en realidad le habían brindado las cosas del mundo. "Tú me habías flechado con tu amor" (9, 2) —decía Agustín—, y "me hiciste estremecer de amor" (7, 10). Es un verdadero enamoramiento de un corazón que desea más; es como una "insaciable saciedad" que sabe que ya no vale la pena buscar esa satisfacción profunda en una mujer, en otro ser humano, en la fama, en el poder o en la seguridad económica. Pero, como decíamos, eso sólo es posible cuando se le ha permitido a Dios entrar en el corazón con su amor y atravesarlo con su dardo de fuego. Entonces se experimenta el toque de Dios en cuerpo y alma, con una sensación que uno no sabe distinguir si es corpórea o si es espiritual, porque abar-

ca todo el ser, en su unidad sustancial de cuerpo y alma. Por eso, cuando Agustín quiere explicar cómo es esa experiencia de Dios, necesita referirse a los cinco sentidos:

¿Qué es lo que amo cuando te amo a ti, Señor? No es la belleza de un cuerpo, ni el atractivo de una luz para los ojos. No es la dulzura de una canción melodiosa. Tampoco es la fragancia de flores y perfumes, ni el maná o la miel, ni los miembros hechos para el abrazo carnal. Nada de eso es lo que amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, cuando lo amo, amo una luz y una voz, amo un alimento y un perfume, amo un abrazo... Y allí resplandece para mí una luz que no cabe en un lugar. Y suenan voces que el tiempo no arrebata. Se derraman aromas que no se disipan con el aire, y hay sabores que no se desgastan. Y se siente un abrazo tan fuerte que no es posible el hastío. Todo eso es lo que amo cuando amo a mi Dios (10,6).

Después de experimentar esto, Agustín sabía que no valía la pena seguir entreteniéndose en otras cosas, por más maravillosas que fuesen:

¿Qué es el universo entero, o la inmensidad del mar, o el ejército de los ángeles? ¡Yo tengo sed del Creador, tengo hambre y sed de él! (Sermón *68,7).*

Por eso mismo, la gran preocupación de Agustín fue lograr que sus amigos dejaran de perder el tiempo y se encontraran con el amor divino:

Enamórate de Dios, arde por él, anhela a aquel que supera todos los goces (Enarraciones *85,8).*

Y mirando para atrás en su vida, Agustín pudo descubrir que cuando se arrojaba con pasión desmedida detrás de los placeres de la tierra, en realidad su corazón, sin saberlo, tenía hambre del amor de Dios, y no lo encontraba:

Ardía en deseos de amar... quería ser amado... Tenía hambre intensa de un alimento que en realidad eras tú, mi Dios (Conf., *3,1).*

Antes de san Agustín, también Gregorio de Nisa hablaba de este descubrimiento apasionado del amor de Dios, que se experimenta como un especie de "flechazo amoroso" en que Dios mismo penetra la intimidad:

El amor lanza la flecha... Y cuando ésta hiere al hombre, no es sólo la flecha la que lo atraviesa, sino el arquero mismo (Homil. in Canticum, *4).*

Es el flechazo que al mismo tiempo satisface lo más íntimo de los deseos humanos y deja al corazón con deseos irresistibles de recibirlo todavía más, porque se ha percibido que él puede dar todavía más, infinitamente más, como muy bien lo expresa el místico Silvano del Monte Athos:

¡Oh amor de Dios! No tengo fuerzas para describirlo, porque es infinitamente grande y maravilloso. Quien lo ha conocido no puede sentirse saciado, día y noche se lanza hacia el Dios viviente, porque es grande la dulzura del amor divino. Es un amor que calienta el alma, como el sol reaviva las flores del campo y como el viento las mece infundiéndoles la vida (Archim. Sofronio, Silvano, Turín *1978, 252.314s).*

Por eso también podría describirse, según santa Catalina de Siena, como un fuego que hace sentir su calor ardiente, pero sin consumir:

¡Oh fuego y abismo de amor! Oh mar profundo. Fuego que siempre arde y no consume (S. Catalina, Diálogo, Ávila *1925, 588s).*

El maravilloso poeta y místico que fue san Buenaventura, gran doctor franciscano, nos dejó páginas repletas de ternura y de enamoramiento, con un tremendo asombro por el amor de Jesús. Veamos algunos ejemplos:

Tu corazón fue herido, Señor, para que tuviéramos una entrada libre. Tu corazón fue herido para que en esa mística vid pudiéramos descansar... Y fue herido también para que por esa llaga visible pudiéramos ver la herida invisible del amor. Porque quien arde de amor, de amor está herido... Por eso dice el Esposo: "Me llagaste el corazón, hermana mía, esposa mía, me llagaste el corazón"... Y ama al Esposo enamorado el alma que puede decir: "¡Anuncien a mi amado que desfallezco de amor!"... Abracémonos a nuestro herido... Roguémosle que encienda nuestro corazón y lo ate con los dulces lazos de su amor, y que se digne herirlo con sus dardos quemantes (Vid mística, *IV, 5-6).*

¡Oh, cuan espléndido te mostraste en el día de tus bodas, rey mío, esposo mío, buen Jesús! (VIII, 2).

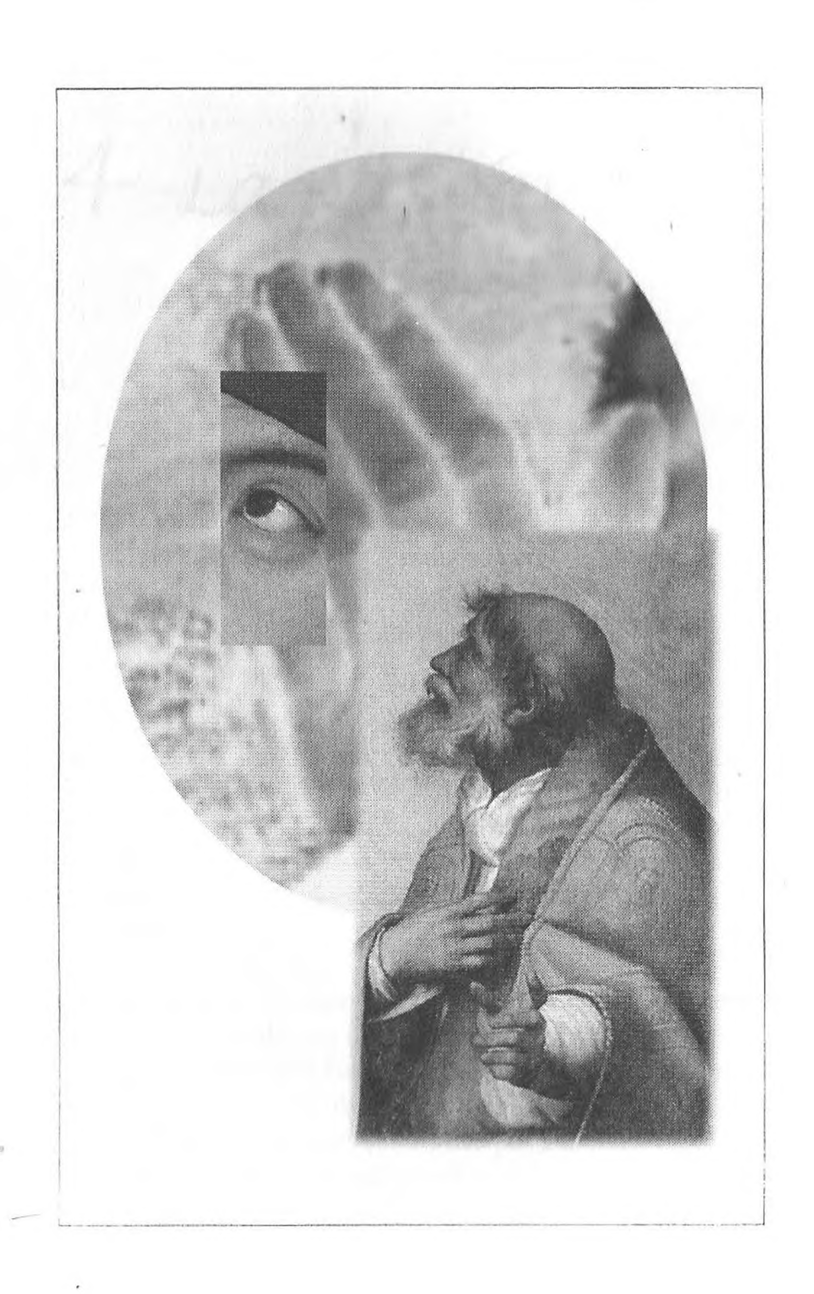
Tanto nos amó nuestro amante que, forzado por el ardor de amor, se arrojó en las llamas de la pasión (XVII,1).

Esto es algo misterioso y secretísimo, que sólo puede conocer quien lo recibe; y nadie lo recibe sino el que lo desea, y nadie lo desea si no lo inflama en lo más íntimo el Espíritu Santo...
Si quieres saber cómo se realizan estas cosas, pregunta a la gracia, no al saber humano; pregunta al deseo, no al entendimiento; pregunta al gemido de la oración, no al estudio y la lectura; pregunta al Esposo, no al Maestro... No a la luz, sino al fuego que quema totalmente y que transporta hacia Dios con unción suavísima y ardentísimos afectos. Este fuego es Dios, cuyo horno está en Jerusalén, y Cristo es quien lo enciende con el fervor de su ardentísima pasión (Itin., 7, 2-6).

Algunos llegan a vivir este apasionado encuentro sobre todo en el momento de la comunión eucarística, como san Felipe Neri, que cuando se acercaban a llevarle la Eucaristía a su lecho de enfermo, sentía un ansia incontenible de amor, que lo llevaba a gritar: "¡Aquí viene mi amor, aquí está mi amor, denme mi amor!" (Bacci, *Vida*, I, 4).

Y una mujer me confió que cuando se acercaba a comulgar tenía la necesidad de dirigirse a Cristo con estas palabras de Pablo Neruda:

Ansíame, agótame, viérteme,
sacrifícame.
Haz tambalear los cercos
de mis últimos límites...
(El hondero entusiasta, Stgo. 1933).



4 La pasión mística

Pero creo que no es suficiente rescatar las experiencias afectivas de encuentro con Dios, los testimonios de una relación de amistad con Dios llena de ternura, e incluso de pasión. Los escritos de los santos y místicos dan para más. En ellos se encuentran incorporadas también algunas experiencias totalizadoras. Es decir, los testimonios de los místicos nos muestran que la relación con Dios puede afectar benéficamente también al nivel erótico del hombre, hasta llegar a su sexualidad. De este modo, en la experiencia espiritual se integra la totalidad del hombre, incluso su cuerpo. Por eso, en algunos escritos espirituales descubrimos el uso de ciertas imágenes sensuales para intentar expresar esa vivencia indescriptible de una relación con Dios que afecta a la persona por entero.

San Bernardo, como muchos otros místicos, acude a la figura del beso en la boca para intentar expresar la belleza de ciertos encuentros con Dios particularmente atractivos:

Hoy me he propuesto hablarles del beso más íntimo, el de la boca. Escuchen con más atención lo más dulce y más sublime, lo que más raramente se saborea y resulta más difícil de entender... Recibe un beso en la boca el que recibe la plenitud (Coment. al Cantar, *8, 1.7.9).*

Otro monje cisterciense del Medioevo, Guillermo de Saint Thierry, describe algunos momentos particulares de la experiencia de Dios como una especie de ingreso a la alcoba nupcial, donde el amado regala los secretos de su amor:

Introducida en las habitaciones, la esposa aprendió muchas cosas sobre el Esposo y sobre sí misma. Todos los dones que recibió desde su primer contacto con él, la leche de sus pechos, la fragancia de los perfumes, el conocimiento del verdadero nombre del Esposo y la efusión de sus unguentos, han sido aguijón de amor y encantos seductores (Coment. al Cantar, *Pról., 29).*

Por eso cuenta san Bernardo que se hace difícil manifestar lo que se vive en esos momentos de amor, y el único modo de sentirlo expresado es suspirar o gemir:

En estos sobresaltos de amor, el alma que se quema no puede contenerse y prorrumpe en afectos sin orden, sin regla y sin retórica humana, con tal de desahogar su corazón. Y muchas veces la lengua se entorpece y sólo

pueden hablar los suspiros (Coment. al Cantar, *Ser.67).*

También el español fray Luis de León acudía a las metáforas más sensuales del Cantar de los Cantares, haciéndolas más voluptuosas todavía, para describir la embriaguez que producen en todo el ser del hombre estos agradables encuentros con el amor divino:

Bajo las figuras de un enamoramiento entre dos, se muestra Dios mismo herido por nuestros amores: "Oh, quién pudiera alcanzarte y gozar de ti, llegar a ti y enredarse en tus brazos, y dándote mil besos recoger el dulce fruto de tus pechos y de tu boca... Me alegraré, me deleitaré con tu pecho, y saborearé el gusto de tu lengua" (Coment. al Cantar, Pról. *y 7,8).*

Del mismo modo, san Juan de la Cruz explotaba la imagen de la caverna, donde al Amado regala los deleites ocultos de su intimidad:

En estas cavernas de Cristo desea entrar el alma, para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor... escondiéndose en el pecho de su Amado. Porque a esos agujeros él mismo la convida (Cántico, *37).*

Y también habla de "toques amorosos" de Dios, que hiere "el más profundo centro"; y le pide que acabe de "romper la tela" (*Noche*, II, 23, 11-12; *Llama*, l).

Con respecto a estos "toques" amorosos de Dios, tenemos también el testimonio de Hugo de San Víctor:

¿Qué es eso tan dulce que a veces viene a tocarme cuando me acuerdo de Dios? Me impresiona con fuerza y

suavidad y percibo como unos abrazos amorosos. Yo no sé qué es esto, y sin embargo hago todo lo que puedo para retenerlo. Deseo abrazarlo incesantemente y me lleno de un júbilo inefable, como si por fin hubiera alcanzado el objeto de mis deseos... Sí, es el amado quien me visita, viene para tocarme, para dejarse gustar (De arrha animae, in fine).

Pero san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, explica que de esa experiencia amorosa no participa sólo la dimensión espiritual del hombre, sino también su cuerpo, que goza a su manera de las dulzuras de Dios:

Por cierta redundancia del espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite en ellos, y por ese deleite los sentidos y potencias corporales son atraídos al recogimiento interior, donde está bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales (Cántico, 40,6).

También santa Teresa de Ávila decía que "el cuerpo no deja de participar en algo, y también mucho" (*Vida*, XXIX, 166).

Es decir, si bien es una experiencia que trasciende lo corpóreo y sensible, sin embargo, por cierta "redundancia", la íntima experiencia del alma "rebasa" y produce también una experiencia en el cuerpo, en la sensibilidad, en la sensualidad. Por eso, y no por pura imaginación, los místicos han acudido a imágenes propias de la relación sexual para describir su encuentro con Dios. Así, santa Catalina de Génova indicaba que también el cuerpo participaba de estos encuentros con el amor de Dios, hasta el punto que no resulta fácil hacer distinciones entre lo corpóreo y lo espiritual.

Maravillosa armonía que produce la vida mística, donde ya no se vive el conflicto entre cuerpo y alma, sino se percibe la profunda unidad del ser humano:

*El éxtasis no es continuo. El alma, el espíritu y el cuerpo, que han recibido estos dones maravillosos, vuelven a las obras habituales... La división entre el cuerpo y el alma ya no existe (*Diál. *2,1).*

Por eso mismo, esta santa usaba la imagen de la seducción que encontramos en el profeta Jeremías:

¡Oh amor divino, me has perseguido y me has podido! ¡Gracias, Dios mío! Me siento morir de amor... Mi corazón se abrasa de amor y este fuego de amor no lo puedo explicar (3,2).

La mística Beatriz de Nazareth, del siglo XIII, describía su experiencia del amor de Dios como una vivencia espiritual que rebosaba en todo su ser, donde intervenían "todos los sentidos" y "todos los miembros":

El corazón es como un vaso lleno, cuyo contenido rebosa al más mínimo movimiento. La plenitud del corazón la abruma y el amor la desborda (Cuarta manera de amar).

A veces el amor se presenta en el alma como una tormenta, con exceso deleitoso, de manera que el corazón parece que se va a romper. Quiere reposar en el dulce abrazo del amor, en la riqueza deleitosa y el colmo de todo bien. Su corazón y todos sus sentidos lo desean con ardor, lo buscan con celo y lo reclaman con pa-

sión... Y siente tal aumento de fuerza física, de prontitud y de energía en su obrar —por fuera y por dentro— que le parece que todo en ella es actividad. A veces le parece que sus venas se rompen, que su sangre se derrama, que su médula se desmembra; sus huesos desfallecen y todos sus miembros sienten la quemadura interior... Y lo que más la devora y la atormenta es lo mismo que a su vez la cura y la consuela (Quinta manera de amar).

También santo Tomás de Aquino enseñaba que "pertenece a la perfección del bien moral que el hombre sea movido al bien no sólo según el querer espiritual, sino también según la tendencia sensible, como lo expresa el Salmo 83, 3 al decir que el corazón y la carne exultan en el Dios vivo" (*Summa Th.*, I-IIae., 24, 3).

Por eso muchos místicos se atrevieron a hablar de la experiencia mística más honda como si fuera un "desposorio". Ya decía San Juan Clímaco que la relación con Dios puede vivirse de modo apasionado y sensual:

*Bienaventurado quien desea a Dios con la misma pasión con que un novio ama a su novia (*Isag. ad scalam paradisi, *30,5).*

A veces encontramos en la vivencia de los santos la convicción de que el amor de Dios invita a una unión total, a una unión de esposos, ya que no basta una relación de hijos o de amigos; pero al mismo tiempo percibimos un cierto pudor que no les permite atreverse del todo a expresarlo o a pedirlo. Así lo vemos, por ejemplo, en santa Gema:

¡Oh Jesús! ¿Siempre tendré que ser tu hija? ¿Nada más que hija? Yo quisiera Jesús ... Comprendo que sería demasiado. ¿Te diré qué deseo? Quisiera, Jesús ... Quisiera, Jesús, ser tu... esposa. Sí Jesús, tu esposa (S. Gema Galgani, según el testimonio del P. Germán).

Cuenta su confidente, el padre Germán, que cuando se atrevió a decirlo cayó desvanecida.

Esta experiencia es tan personal, tan propia y exclusiva, que el corazón siente que sólo él está en relación con Dios, y nadie más:

¿Cómo es esto mi Dios? ¿Acaso te faltan creaturas para tratar, que te olvidas de todas y parece que sólo me atiendes a mí? (S. Gema Galgani, nota al director).

Por eso, según la mística Juliana de Norwich, todo esto no es en realidad una ocurrencia del corazón humano, sino que Dios mismo lo inspira y lo invita a ese misterioso "desposorio" en el que el ser humano baja los brazos y abandona todo tipo de resistencias al amor de Dios:

Dios está contento de ser nuestro esposo (Juliana, Revelaciones, Milán 1984).

Y las experiencias de esta mística le brindaban tal contacto con la bondad divina, que salía de sus éxtasis con un tremendo optimismo, porque un amante así no puede crear un mundo que termine mal. De hecho, después de un éxtasis, ella repetía que, aun a pesar del pecado del hombre, "todo irá bien, todo acabará bien, todo será para bien" (*Revelaciones*, 27-32).

5 Hasta el fin

Pero quizás la confirmación más clara de esta acción de Dios, en la que el cuerpo y la sexualidad también se involucran, sea la experiencia personal que narra la beata Ángela de Foligno. Era una mujer casada, madre de familia, que llevaba una vida feliz en su hogar, y en poco tiempo perdió todos sus seres más queridos. Sin embargo, logró superar su dolor y se llenó de deseos de consagrarse completamente a Dios. Así comenzó un maravilloso proceso espiritual en el que llegó a experimentar encuentros intensamente amorosos con Dios, en los que Dios le decía atrevidas palabras de amor. Veamos cómo lo cuenta ella misma:

> *El Espíritu Santo comenzó a decirme: "Hija mía, dulzura mía, delicia mía, templo mío; hija, delicia, ámame, porque tú eres muy amada por mí, mucho más de lo que tú me amas a mí... mi dulce esposa, mi dulce esposa"* (Libro de Ángela, paso *20)*.

Esta primera experiencia sucedió en el camino de una iglesia, donde Ángela hubiese deseado quedarse

toda la vida; aunque un cierto temor la impulsaba a seguir caminando para llegar a la iglesia:

Por un lado hubiera deseado llegar a la meta, por otro lado deseaba que ese camino no acabara nunca por toda la eternidad. Y eran tan grandes el gozo y la dulzura que Dios me hacía sentir, que no puedo apreciarlo, sobre todo cuando me dijo: "Soy el Espíritu Santo, que entra en ti" (Ibid).

Pero, al llegar a la iglesia, el Señor siguió diciéndole palabras de amor y le habló a través de una pintura, con lo que aumentó la sensualidad de la experiencia de Ángela:

En la iglesia vi a san Francisco apretado a Cristo, y Dios me dijo: "Así te tendré apretada, y mucho más de lo que estás viendo. Ahora llegó el momento..." Y al alejarse me dijo muchas palabras de dulzura, y se alejó con inexpresable suavidad, lentamente, poco a poco (Ibid).

Este encuentro amoroso no la dejó plenamente satisfecha, de manera que el alejamiento del Señor le provocó una fuerte crisis:

Cuando él me dejaba, comencé a lanzar voces y gritos, y sin ningún pudor vociferaba y clamaba repitiendo esta frase: "Amor desconocido, ¿por qué me abandonas? ¿Por qué?" (Ibid).

Sin embargo, él le hizo notar que acababa de poseerla como esposa:

No quiso que en esta despedida estuviera postrada, sino que escuchara sus palabras de pie, y me dijo: "Tú

tienes el anillo de mi amor, estás prendada de mí" (Ibid).

A partir de ese día se multiplicaron los encuentros amorosos. Pero lo que más nos interesa es que Ángela los describe como experiencias deleitables en su cuerpo, y explicita que se trataba de "todos" los órganos de su cuerpo:

> *Me llegó un sentimiento de Dios tan fuerte, mucho mayor que lo que había experimentado antes. Y también todos los miembros de mi cuerpo experimentaron ese deleite* (Paso *20,* nro. *2).*

Después de una de estas experiencias anímico-corpóreas, Dios expresó a Ángela su amor, diciéndole: 'Dios está lleno de ti' (*Ibid*). El maravilloso significado de estas palabras amorosas está en que Dios no se manifiesta sólo como la plenitud total que puede saciar a su creatura, sino como un ser capaz de un verdadero encuentro. En ese "intercambio", también él se deja amar y es capaz de recibir algo de su amada, haciéndola vivir un papel también activo en la relación amorosa. Él, que no necesita nada de nosotros, que en su perfección y su felicidad infinitas no puede ser "enriquecido" por nosotros, quiere libremente adaptarse a nuestro modo de amar y se coloca misteriosamente a nuestro nivel para "dejarse amar". Por eso, decir que "Dios está lleno de ti" no significa que antes estaba vacío o necesitado, sino que ese amor que le damos lo alcanza realmente como término divino, y que acepta y valora nuestro amor elevándolo a una dimensión infinita (Tomás de Aquino, *I Sent.*, 30, 1, 2).

Pero veamos cómo Ángela sigue diciendo que su experiencia no es sólo espiritual, sino también física, corpórea. Su gozo místico tenía todas las características de un orgasmo:

No hay nada que compenetre tanto al alma con el fuego ardiente, como cuando Cristo se halla en el alma con delicia de amor... Entonces todos los miembros sienten un desligamiento, y yo quiero que así sea. Y todos los miembros sienten una sublime embriaguez, en la cual yo quisiera quedar siempre. Y también gritan los miembros cuando se desligan (Ibid).

Ángela llega a decir que ese gozo es pasajero, porque si durara más tiempo, los órganos del cuerpo se desintegrarían, ya que "todos los miembros del cuerpo se sienten con desmesurado gozo" (*Libro* 20, 4).

En algunos textos, Ángela se detiene a describir los juegos amorosos:

Vi tendido el cuerpo de Cristo... Ante todo besé su pecho, y luego su boca, que exhalaba un perfume de una dulzura admirable... Coloqué la mejilla sobre la de Cristo y él colocó su mano sobre la otra mejilla y la estrechó contra sí (Libro *20, 5*).

Por todo esto, para Ángela, Cristo era verdaderamente su esposo, y la cruz de Cristo era su lecho nupcial:

¡Ese lecho es el mío... Y no puede ser narrada la felicidad que espero de esas manos, de esos pies y de esas llagas! (Libro *20, 7*).

Ángela narró todas estas cosas a su confesor, que mientras la escuchaba ponía por escrito cada frase de la mística. Pero los místicos no cuentan todo lo que viven en la intimidad del toque divino. Así como una esposa guarda en el secreto los detalles más preciosos de sus encuentros amorosos, porque contarlos sería como una profanación, así también el místico calla sus experiencias más profundas. Por eso Ángela no respondía sobre algunas cosas que se le preguntaban, y decía: "Mi secreto para mí".

Algo semejante parece haber experimentado santa Margarita María Alacoque:

> *Cristo se me presentaba como sol brillante con resplandeciente luz, cuyos rayos caían perpendiculares sobre mi corazón, sintiéndolo abrasado con fuego tan ardiente, que me parecía reducirme a cenizas; y entonces me enseñaba el Maestro lo que quería de mí, descubriéndome los secretos de su amable corazón... Salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y abriéndose ese pecho, me descubrió su amantísimo y amabilísimo corazón, que era el vivo manantial de tales llamas. Entonces me manifestó maravillas inexplicables... Y al mismo tiempo aquel divino corazón se abrió, y salió de él una llama tan ardiente que pensé que me consumía, porque me penetró toda. Y como ya no podía soportarla, le pedía que se apiadara de mi debilidad* (Autobiografía, París *1876, 381-383).*

Pero se asemejan particularmente a las descripciones de Ángela las que nos presentan santa Matilde y la mística Hadewych de Amberes.

Santa Matilde describe un encuentro maravilloso en que el Señor la llamó, puso sus manos en las de ella, fijó sus ojos en los de ella, imprimió su boca en la suya, unió su corazón al de ella, y se unió totalmente a ella (*Lib. spec. Gratiae,* 1.1).

La mística Hadewych de Amberes describe, sin pudor alguno, el modo eminentemente sensual como experimentó su unión con el Señor:

> *Se acercó a mí y me tomó toda entre sus brazos, y me estrechó contra él. Y todos mis miembros sentían el contacto de los suyos tan completamente como yo lo había deseado. Así fui satisfecha y extremadamente saciada* (Minne; citado en Nuevo Diccionario de Espiritualidad, Madrid *1991, 1757).*

San Francisco de Sales, en su "Tratado del amor de Dios", nos presenta otros casos semejantes, en los que la relación con Dios se manifestaba también en sensaciones físicas que eran dolorosas y al mismo tiempo intensamente agradables:

> *En las heridas recibidas por el divino amor, el dolor se hace agradable, y todos los que lo sienten gozan de él, y no querrían cambiarlo por todas las dulzuras del mundo... Un serafín atravesó un día a la bienaventurada madre Teresa (de Ávila) y, queriendo retirarle la flecha, a ella le parecía que le arrancaban las entrañas, y su dolor era tan grande que sólo tenía fuerza para lanzar débiles y cortos gemidos; sin embargo, su dolor era tan amable, que nunca hubiera deseado que la libraran de él.*
>
> *Así fue también la saeta de amor que Dios arrojó en el*

corazón de santa Catalina de Génova al principio de su conversión.. Y el Amado quedó amorosamente colocado entre los pechos de la amada, como el más amado de todos los amados (VI, 14, 7-8).

Pero estas experiencias, según Francisco de Sales, no eran exclusivas de las mujeres. Menciona, por ejemplo, el caso de san Estanislao de Kotska:

Un jovencito de catorce años, tan fuertemente acometido por el amor de su Salvador, que muchas veces caía desfallecido... y se veía obligado a aplicar paños con agua fría sobre su pecho para templar la violencia del amor que sentía (VI, 15, 14).

San Francisco de Sales explica estas situaciones diciendo que lo espiritual y lo físico interactúan y se influyen mutuamente, de manera que "así como la pasión del cuerpo tiene mucho poder para inclinar al alma, también los afectos del alma tienen una gran fuerza para mover los humores físicos y cambiar las cualidades del cuerpo" (*VI, 15, 1*). En este sentido, se comprende fácilmente que cuando una experiencia amorosa, por más espiritual que sea, es muy intensa, no es extraño que termine experimentándose también en el cuerpo.

Pero sostiene que Dios puede evitar que el hombre tenga estas experiencias tan totalizantes, porque de ese modo pierde todo atractivo por las cosas de este mundo. Como ejemplo, Francisco de Sales menciona el caso de San Francisco Javier, quien, después de sentir los consuelos divinos, decía a Dios lo siguiente:

¡Señor, no, por favor, no me sacies con una abundancia tan grande de consuelos! Pero si, por tu infinita bondad, quieres hacerme abundar en tus delicias, sácame de este mundo (VI, 15, 15).

Estas experiencias "sensibles", físicas, que acompañan la experiencia espiritual y se derivan de ella, son siempre experiencias de amor, ya que el encuentro con Dios es vivido con todas las características del amor de la pareja:

Nuestro Señor, mostrando el amabilísimo seno de su divino amor al alma devota, la atrae totalmente a sí y, por decirlo así, repliega todas las potencias de ella sobre el regazo de su dulzura, que es más que maternal. Después, encendido en amor, estrecha al alma, la junta, la aprieta y la pega a sus labios suaves y a sus deliciosos pechos, besándola con el sagrado beso de su boca y haciéndola saborear sus amores, mejores que el vino. Entonces el alma, engolosinada con las delicias de estos favores, no solamente consiente y se presta a la unión que Dios obra, sino que con todo su poder coopera (VII, 1, 5).

Y es interesante notar que, si bien dice Santo Tomás que "el hombre puede tender más profundamente a Dios atraído pasivamente por Dios mismo" (*Summa Th.*, *I-II*, 26, 3, ad 4), también es cierto que el hombre está plenamente activo en el encuentro amoroso con Dios, porque está respondiendo a una invitación, y la gracia hace que su aceptación no sea forzada, sino plenamente libre.

Pero advirtamos también cómo las imágenes que se presentan de Dios no son exclusivamente masculi-

nas, sino que parecen integrar toda la riqueza de lo masculino y de lo femenino al mismo tiempo. Recordemos, por ejemplo, que algunos autores espirituales hablan de "los pechos" de Dios. Algo de esto encontramos también en la curiosa "visión" de santa Clara, donde describe un encuentro suyo con san Francisco, después de la muerte de éste, con características eróticas:

> *Contaba Clara que una vez, en visión, le había parecido que llevaba a san Francisco una vasija de agua caliente. Y cuando llegó junto a san Francisco, el santo sacó de su seno una tetilla y le dijo a la virgen Clara: "Ven, toma y mama". Y después que ella sorbió, el santo le animaba a chupar otra vez; y al sorber, lo que de allí tomaba era tan dulce y tan grato que no podía expresarlo de ninguna manera. Y cuando se sació, la redondez o boca del pecho de donde salía la leche, quedó entre los labios de Clara (*Actas del proceso de canonización de Clara, *3, 29).*

Podríamos mencionar varios ejemplos más. Pero vale la pena detenernos brevemente en santa María Magdalena de Pazzi. Es un caso de particular interés porque, habiéndose consagrado a Dios en la virginidad, tenía grandes aspiraciones místicas y al mismo tiempo tremendas pulsiones sensuales, debidas a su temperamento fuertemente apasionado.

Pero el contrapeso que le permitía ser fiel en tales tormentas, eran sus intensas experiencias del amor de Dios, en medio de las cuales gritaba: "Oh Dios de amor, oh Dios de amor... Tu amor excede la medida, es

demasiado... ¿Por qué, Señor, me amas tan tiernamente a mí, que no soy más que una indigna creatura?" (P. Cepari, *Vita*, cap. 16, Roma, 1669). Y se ponía a correr y gritaba a sus hermanas: "¿No saben hermanas mías que Jesús no es más que amor? Sí, Señor, estás loco de amor, amable y agradable, confortable, nutritivo y unitivo. Oh amor, oh amor... penetra, pasa, rompe... ¡Basta, Dios mío, basta, no puedo soportar este ardor!" (*Ibid*).

Estas experiencias amorosas también elevaban la temperatura de su cuerpo:

> *A causa de la gran llama ardiente de este amor divino, ella corría al jardín. En medio de los más crudos fríos del invierno, no podía soportar la ropa de lana a causa del brasero de amor que devoraba su pecho. Iba a la fuente, donde bebía una enorme cantidad de agua fría y mojaba su cuerpo... Pero se la veía luminosa, radiante, sus ojos brillaban como estrellas, y gritaba: "Amor, Dios de amor" (*Ibid*).*

Por algo santa Gertrudis, después que Dios le regalaba sus secretos, llegaba a decir: "Dulcísimo Dios mío, casi borracho, y, me atrevo a decirlo, loco" (*Libro II, VIII, 3, 4-5*). Y también santa Teresa de Ávila describe su experiencia como una ebriedad amorosa:

> *Yo no sé otros términos para decirlo, ni cómo expresarlo, y el alma ni sabe qué hacer, si hablar, si callar, si reír o llorar. Es un glorioso desatino, una celestial locura... Querría que todo el cuerpo y el alma se despedazaran para mostrar el gozo (*Vida, *XVI).*

El dardo divino que "llegaba a las entrañas" produjo en ella un dolor agradabilísimo, "que no podía desear que se me quitara" (*Vida*, XXIX).

Las palabras siempre son cortas para expresar este fascinante encuentro de amor, y los místicos siempre han invitado a seguir una vía negativa. Es decir, a expresar cosas de Dios y de la experiencia del amor divino, pero sabiendo que no es como nosotros podemos imaginarlo; porque el amor divino no tiene los límites del amor humano: celos, posesividad, interés egoísta, esclavitudes afectivas, miedos, etc. Y si imaginamos que algo de eso hay en Dios, ese Dios no es más que un invento de nuestra imaginación, una creación de nuestras heridas y de nuestros resentimientos reprimidos.

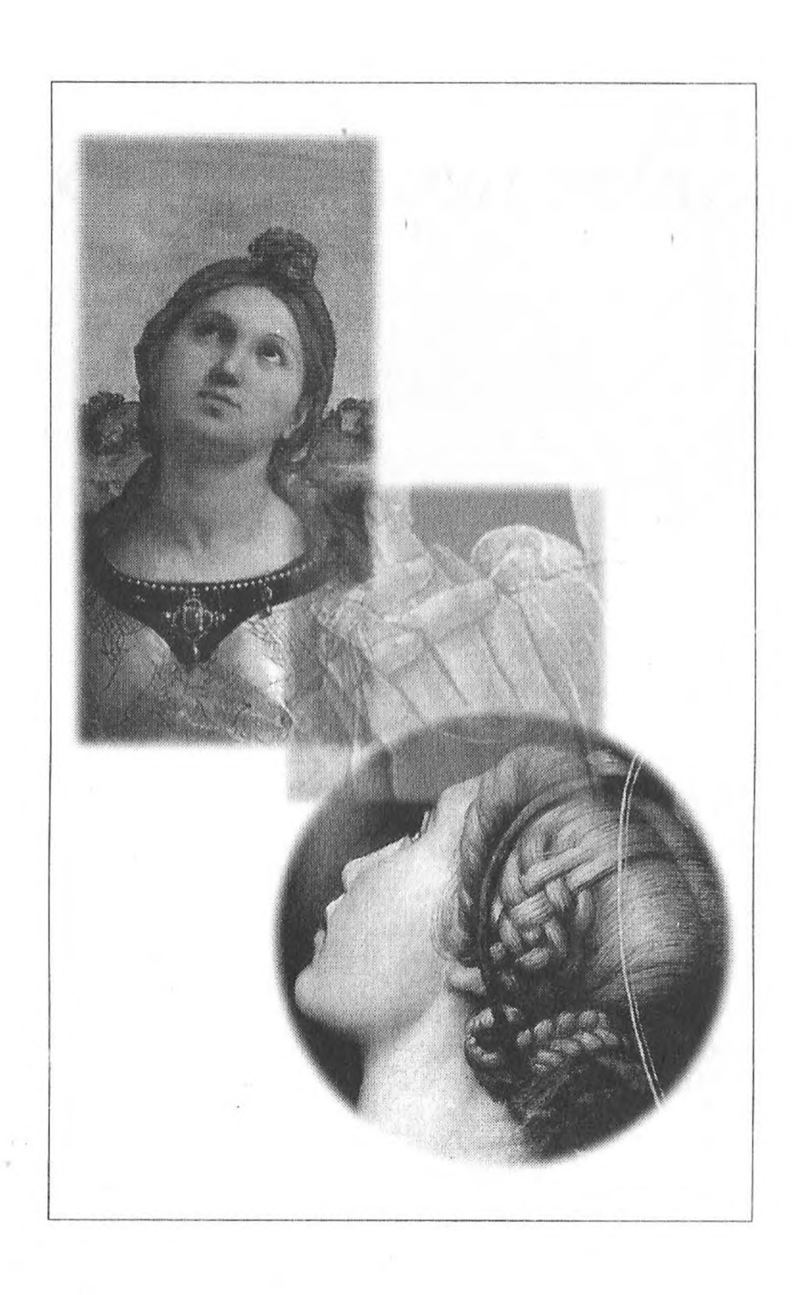
Si hablar de este tema nos despierta cierta repugnancia o rechazo, es porque en el fondo tampoco tenemos una visión positiva de la sexualidad, como regalo maravilloso que Dios nos ha hecho, como maravillosa posibilidad de encuentro, y no sólo como simple satisfacción de instintos.

En la experiencia auténtica del amor divino uno descubre que no vale la pena escapar de ese amor, porque no existe el peligro de que ese amor nos dañe, nos disminuya, nos limite, nos use. Nada de eso es posible en Dios, porque él no tiene amor, sino que "es" amor (1 Juan 4, 8). Por eso, si alguna vez experimentamos un momento maravilloso de verdadero amor con otra persona, tenemos que decir que ese amor humano es sólo un pálido y lejano reflejo de lo que es el amor de

Dios, o que es sólo una pequeñísima chispa, una gotita del amor divino. El amor divino no es tan pequeño, tan limitado y pobre; es inmensamente más y mejor; es océano infinito, es una loca fiesta de amor desbordado.

Hay una manera fácil de liberarnos de las falsas imágenes que nos hemos hecho del amor de Dios. Pensemos esto:

Si no te atrae, eso no es el amor de Dios.
Si te da miedo, eso no es el amor de Dios.
Si te produce rechazo o fastidio, eso no es el amor de Dios.
Si no te parece más bello que todo lo demás, eso no es el amor de Dios.
Si no te quema y te seduce, eso no es el amor de Dios.
Si no dejarías todo por él, eso no es el amor de Dios.
Si no te hace arder de deseo, si no te embriaga, si no te estremece el ansia de agradarle, si no te impulsa a arrojarte desnudo y simple en sus brazos, si no te hace soñar en medio de la rutina y el cansancio, eso no es el amor de Dios, no lo has encontrado todavía, no lo has conocido, te has perdido la mejor parte.



6 Hermosa mía, ven

Voy a intentar describir, con mis pobres palabras, una experiencia de amor, un encuentro apasionado con Jesús, que me contó una adolescente de dieciséis años. A partir de ese encuentro, la vida de esta jovencita cambió completamente, y tanto sus parientes como sus amigos hoy se asombran al ver cómo ha superado sus egoísmos, su vanidad, y muchas miserias que tenía antes.

"Eres el más bello de los hombres,
la gracia se derrama en tus labios" (Sal 45,3).

Y si tú eres el más bello, Jesús, ¿por qué no contemplarte, por qué no admirarte, por qué no gozar de ti?

Te veo caminar junto al lago, siempre joven, siempre sano. Te veo bañándote en el mar, dejando que esas gotas tengan el privilegio de tocarte. Te veo reposando

en la orilla, recostado en la arena, y es como si algo infinito se trasluciera en tus poros. Es una piel humana, pero bella como ninguna.

Déjame acariciar tu piel, Jesús, lentamente, con toda la capacidad de amor que tiene esta pequeña creatura. Porque tú, más que nadie, Jesús, sabes dejarte amar. Tu piel no necesita caricias, no necesita de mi amor, porque tu corazón está plenamente saciado con la gloria y el amor divino; pero permites que las creaturas te amen y gozas con su amor, así como permitiste que te odiaran cuando te clavaban en la cruz.

Y tu madre, la mujer más libre de la historia, también me permite que te ame; acepta compartir conmigo este gozo sublime y nos deja solos.

Acaricio tus manos, Señor, entrelazo tus dedos con los míos, siento el calor y la delicadeza de tu piel. Acaricio la yema de tus dedos, mientras contemplo esa herida santísima que conservas en la palma de la mano. Beso esa herida, Señor, y así te amo. Aquí donde nadie más lo sabe, donde se descubren ante ti todos los secretos de mi alma, sin miedo, sin vergüenza. Para que tu amor lo sane todo, ilumine todo, ordene todo.

Acaricio tus brazos, Jesús, suavemente. Estos brazos que estuvieron colgados en la cruz, que conocieron el dolor más terrible, y ahora reposan triunfantes, llenos de vida y armonía, llenos de calor y salud. Déjame acariciarlos, Señor, aunque este amor no te devuelva el afecto que te negué tantas veces; pero deja que al menos en este instante seas sólo tú el amor de mi vida.

Déjame acariciar tu rostro, armonioso, delicado, lleno de encanto y juventud. El rostro más bello que podría imaginarse, los rasgos más atractivos que alguien podría pensar. Déjame acariciar tus mejillas, tu frente, tus párpados ahora entreabiertos.

Estás despierto, Señor, no ignoras mi presencia y mis caricias. Aunque no las necesitas, aceptas recibirlas de mí, porque te hiciste hombre para poder amarme mejor.

Acaricio tu rostro, Jesús, y llego a tu boca. Tu boca que pronunció las palabras más importantes de la historia, tu boca que habló con amor y por amor.

Acaricio tus labios, y en un inaudito impulso de ternura tú me permites que los bese suavemente. Me pareció oír tu invitación que aparece en la Biblia: "Bésame con los besos de tu boca". Pero sólo ahora me atrevo a obedecerte, y en este delicado beso no eres tú el que recibe algo; es mi pequeña humanidad que recibe todo, todo de ti.

Y ahora María se hace presente, te toma en sus brazos, como cuando te bajaron muerto de la cruz y te recibió en su regazo.

Ahora te tiene lleno de vida, y tú una vez más te dejas caer como rendido, confiado. Descansas sobre sus piernas firmes de madre. Ya no tiene el corazón traspasado de dolor, sino el gozo pleno del amor y de la vida.

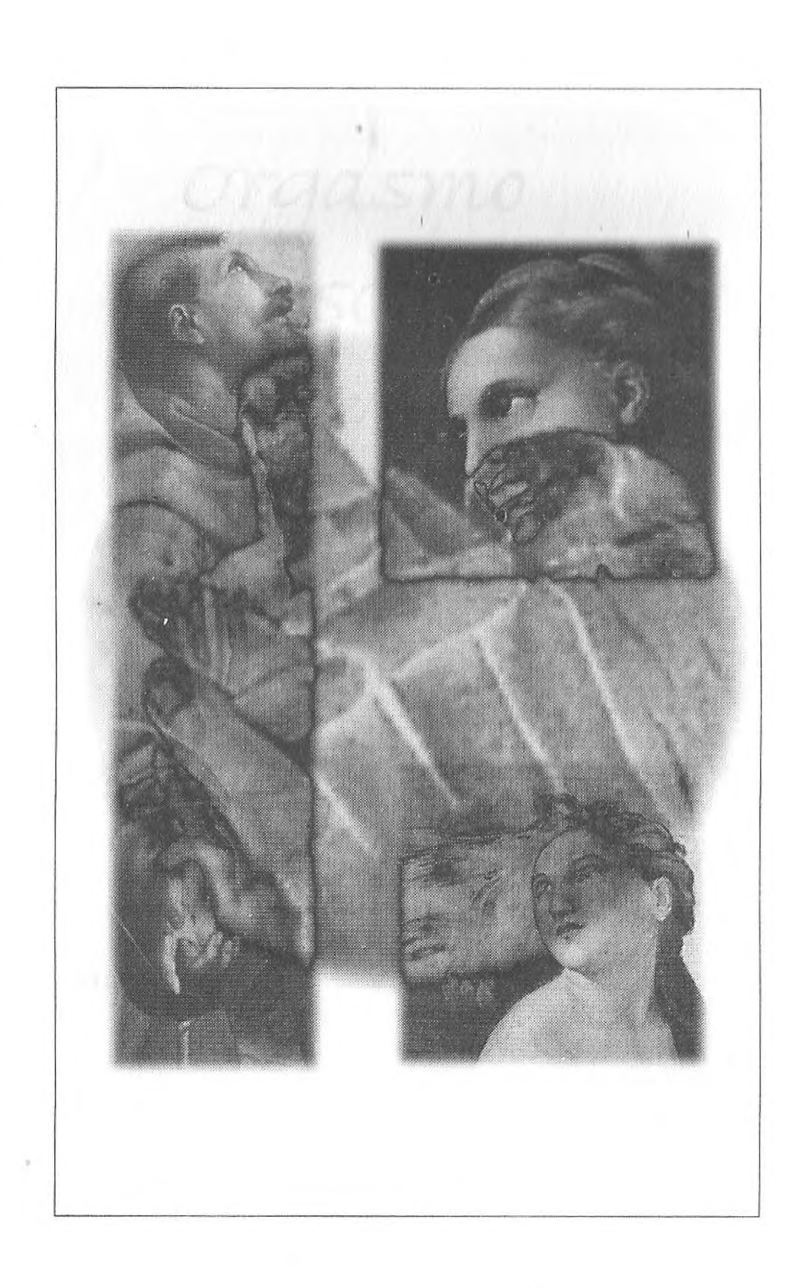
Y María me invita a seguir amándote.

Entonces acaricio tus piernas delicadas, que me parecen columnas perfectamente esculpidas, llenas de fuerza y vitalidad. Las acaricio, las beso, contemplo cómo se apoyan en las piernas de María y caen reposando serenas. Y beso tus pies, y acaricio tus pies llagados que estuvieron clavados en la cruz.

Entonces, Jesús, como animado por mi beso, te pones de pie; y caigo de admiración ante tu gloria. Me miras con firmeza y ternura, y me muestras las llagas de tus manos, como diciendo: "Mira, yo te amé seriamente". Entonces siento que me estás invitando a que te ame no sólo con mis caricias, no sólo con mis besos, no sólo con mis arrebatos de amor, sino con mi manera de vivir, con toda la seriedad de mi existencia, con mis obras de amor, permitiendo que tu presencia lo inunde todo, que te metas en mis cosas. Ahora descubro que tú no eres capaz de destruir mi libertad, que no puedes arruinar nada bello, que todo se planifica si te dejo entrar. Por eso te pido, Señor, que me ayudes a besarte en medio de mi rutina, que me permitas acariciarte entre las alegrías mundanas de mi vida. Y concédeme también que te abrace a ti, crucificado, cuando viva los dolores y fracasos, las desilusiones y los miedos más profundos.

Que te ame siempre en las personas que siento mías y en aquellos que prefiero sepultar, en los lugares que amo y en aquellos que me espantan, en mis momentos más preciosos y en las horas oscuras. Cuando quieras, donde quieras, como quieras; porque tú siempre eres novedoso, siempre eres diferente, siempre eres nuevo.

Te quiero, te quiero...



7 Orgasmo masculino y femenino

Nos preguntamos ahora si esta experiencia mística, donde todo el ser es tomado por Dios, si esta especie de "orgasmo místico", es vivido por cada uno de acuerdo a su sexualidad. Es decir, si el varón lo vive como varón y la mujer de un modo femenino. Para eso, veamos primero cómo viven el orgasmo el varón y la mujer, y cuál es la diferencia entre un orgasmo masculino y un orgasmo femenino.

Normalmente, la mujer, más que el hombre, considera muy insatisfactorio el sexo sin amor y necesita condiciones adecuadas para sentirse excitada sexualmente. Le atrae menos que al hombre mirar fotos con escenas sexuales violentas, imágenes de orgías, etc.

Pero esto no significa que se sienta menos excitada por la pornografía fuerte, sino que la disfruta y la valora menos y, en algunos casos, le despierta temor.

Disfruta más con las caricias y los besos, y necesita que el varón juegue un poco antes de penetrarla. Pero a él, en pocas palabras, le interesa más la vagina que el clítoris.

En los momentos del orgasmo, él suele emitir gruñidos agresivos; ella, un balbuceo infantil o suspiros.

No olvidemos que la mujer tiene un rico plexo venoso alrededor de la vagina, que mantiene un buen flujo sanguíneo después del orgasmo. Por eso suele ser insaciable. Necesita descargar la congestión pelviana, y mientras esto no suceda, después del orgasmo puede tener ganas de más. La mujer requiere más tiempo, más dedicación; le hace falta que el varón le dedique un plus después que él haya alcanzado su propia satisfacción. Pero él normalmente se descarga bien en la eyaculación y queda satisfecho y agotado. Termina, y pasa a otra cosa, como si quedara vacío por dentro. Después de la eyaculación quiere descansar o busca reposo en otra parte. Ella, en cambio, se queda pegada, en una mezcla de descanso y regocijo que necesita la compañía atenta del amado. Cuando el varón llega al clímax, desciende bruscamente su interés por ella, queda exhausto, mientras ella lo necesita más que nunca. Antes de la eyaculación él hace un gran esfuerzo, y en el proceso hacia el orgasmo es cada vez más el dueño de la situación, hasta que llega un punto en que ella cede completamente, deja de ser dueña de sí y pier-

de la conciencia de su libertad. A eso se debe que la mujer, en el fondo, tenga miedo a la posesión total y no siempre acepte con facilidad esa entrega. Siente un oscuro respeto al poder del varón, y le inquieta la pornografía violenta.

El varón, que produce permanentemente espermatozoides, es más capaz de gozar con variedad de mujeres, mientras la mujer, que emite pocos óvulos y sólo en un período determinado, valora más la segura intimidad. Ella pone todo en cada hijo que se gesta en su cuerpo; mientras que él puede fecundar cientos de úteros más.

Pero no olvidemos que a nivel hormonal y psicológico no existe el macho puro ni la hembra pura.

Preguntémonos ahora si estas particularidades del varón y de la mujer en el orgasmo, se dan también de algún modo en la relación mística con Dios.

Podríamos decir que la mujer, por ser más receptiva, también está mejor dispuesta a dejarse tomar por Dios, está más abierta a la experiencia religiosa. Será por eso que en los templos predominan las mujeres.

Pero dicho así, estaríamos afirmando que la experiencia mística es característicamente femenina y estaría vedada a los caracteres marcadamente masculinos. Y precisamente esta cuestión nos obliga a replantearnos qué es lo que llamamos masculino, y si realmente debemos identificar lo masculino con la tendencia activa que busca poseer a la mujer. ¿Acaso no conocemos situaciones en que una mujer suma-

mente femenina es capaz de poseer y dominar completamente al varón? El Papa Juan Pablo II, en su documento sobre la dignidad de la mujer, hace notar una especie de "superioridad" de la mujer por su capacidad de contener y sostener al varón:

> *La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre... La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega... Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace "fuerte"... y se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu* (Mulieris Dignitatem, *30, d.f*).

Jean Boudrillard sostenía que el hombre creó sus instituciones y su poder para contrarrestar los poderes originales superiores de la mujer, particularmente su fecundidad, su fuerza de intuición y de seducción y su perseverancia[1]. De manera que no parece serio afirmar que el varón es el que domina, el que lleva las riendas.

Pero digamos que Dios tiene un poder infinito y una creatividad sobrenatural, de manera que es capaz de adaptarse a la sicología de cada ser humano en particular y puede regalar a cualquier persona una experiencia amorosa, un encuentro con él que la tome por entero, en cuerpo y alma, sin violentar las inclinacio-

---

1 J. Boudrillard, *De la séduction*, París, 1979.

nes propias de su sicología femenina o masculina. Pero siempre se requerirá una actitud de receptividad. De hecho, en todo amor humano verdadero, se requiere que los dos, cada uno a su manera, sean receptivos. Si el varón no es receptivo, y sólo quiere ser activo y dominante, no puede experimentar plenamente la riqueza del amor. De manera que Dios se vale de ese aspecto receptivo, que no falta en el varón, para regalarle la experiencia de su amor. De hecho, todo varón ha vivido lo que es ser receptivo y depender de otra persona, cuando se quedaba sereno en los brazos de su madre. Por otra parte, puede suceder también que la mujer, por temor, reniegue de su actitud receptiva y se resista al amor divino. Por eso digamos una vez más que todo el que desee hacer una experiencia plenamente feliz del amor divino debe pedir a Dios la gracia de dejarse amar. De hecho, Carlo Carretto, un hombre de características marcadamente masculinas, nos cuenta que en su encuentro más maravilloso con Dios, se sintió como una muchachita confiada, lo que no le resultó molesto ni contrario a sus inclinaciones más profundas, sino dulce y maravilloso:

A los veintitrés años, cuando Dios hizo irrupción en mí con su Espíritu, la relación con él cambió completamente mi vida... Dios intervino como amante. Al principio me pareció algo tan hermoso y tan cálido, que lo miré como una presunción sentimental... Temía ser presa de un romanticismo barato... Pero no era así. La intimidad que me regalaba era tan verdadera, tan fuerte, que dejaba huellas, y las dejaba donde la duda no era posible... Jamás olvidaré la irrupción de su Espíritu en mí. Era realmente la irrupción de un ena-

*morado loco, que me pedía que le correspondiera con toda mi locura... Luego comprendí con la experiencia que a cada uno de nosotros, aunque sea varón, Dios lo llama en femenino. Cuando estoy en casa con él, me acurruco a su lado como una muchachita que lo espera todo de él y sin pretensiones de saberlo todo... Toda la espiritualidad del hombre bíblico es feminidad: receptividad, disponibilidad, espera, afán de pequeñez, servicio, adoración... Por algo las mujeres son las más disponibles a lo religioso (*He buscado y he encontrado, Bs. As., *1985, 59-61.70).*

Pero digamos, más precisamente, que en la experiencia mística Dios toca el centro más íntimo del amor y del placer, un centro donde no interesa demasiado si somos varón o mujer. Y en ese centro, todos somos receptivos y vivimos una experiencia en la que no somos plenamente dueños de nosotros mismos. Por eso, los científicos suelen decir que las diferencias entre el varón y la mujer se viven en la etapa previa al orgasmo, pero no tanto en el orgasmo mismo, donde las diferencias entre lo femenino y lo masculino ya no son tan claras y parecen desaparecer[2].

Podemos decir entonces que en la experiencia mística lo que Dios toca es un centro amoroso en el cual el ser humano sólo puede depender. Porque el ser humano no es un dios omnipotente, sino una creatura, y por eso lo más íntimo de su realidad es dependencia, es "recibir" el ser, es vivir de Dios aunque lo ignore, es be-

---

2 Reich, W., *La función del orgasmo,* México, 1994. Eysenk-Wilson, *Psicología del sexo,* Barcelona, 1981.

ber de su manantial de vida. Y por eso mismo, en la experiencia mística el eminentemente activo es Dios, y la creatura, sea varón o mujer, se goza en depender completamente del Dios amante, en "dejarse amar" por él confiadamente. Este es precisamente el gran paso espiritual.

Evidentemente, puede haber ciertas características secundarias que muestran que el varón lo vive de un modo diferente a la mujer, pero eso no cambia la esencia de la experiencia, donde tanto el varón como la mujer son fundamentalmente receptivos. Y sólo porque aceptan recibir de él, depender de su impulso amoroso, pueden sentirse también activos, pueden sentir que participan personal y creativamente en esa experiencia de amor. Al mismo tiempo, viven ese toque divino sin sentirse forzados, porque la gracia de Dios tiene el poder divino de hacer que aceptemos con una total libertad su iniciativa de amor.

8 El camino hacia el orgasmo

Todo lo que hemos visto nos muestra que Dios no es enemigo de nuestra felicidad, que no mutila nuestra capacidad de amar, porque es amor, amor apasionado, amor que hace bien, que libera, que sana.

Pero podemos preguntarnos si todos estamos llamados a una experiencia apasionada de Dios, como las que han tenido los místicos que hemos mencionado.

En primer lugar, tenemos que decir que todo depende de lo que Dios quiera regalar a cada uno. No podemos nunca exigir a Dios que se nos entregue de una manera u otra, porque si a nadie podemos exigir que se adecue a todos nuestros deseos, y a nadie podemos

obligar a que nos ame de un modo especial, menos a Dios. Por otro lado, podemos constatar que Dios ha dado siempre su amor de modos muy diferentes. Algunos santos comenzaron a tener experiencias embriagantes de Dios poco tiempo después de haberse convertido, o en la misma conversión; otros, como santa Teresa de Ávila, lograron esas experiencias después de muchos años de sequedad espiritual. Santa Teresita de Jesús, aunque se sentía tiernamente amada por Dios, nunca tuvo experiencias muy "sensuales" de su amor, y parece que sólo alcanzó un gozo desbordante y apasionado en el instante de su muerte, cuando su rostro se transfiguró y dijo sus últimas palabras: "¡Te amo, oh Dios mío, te amo!"

Sin embargo, también tenemos que decir que, si esa experiencia amorosa y apasionada de la presencia de Dios es algo plenificante, algo que armoniza y serena maravillosamente nuestra afectividad y nuestra sensualidad, entonces todos tenemos al menos el derecho de desearlo. Si esa experiencia apasionada de Dios libera nuestra sicología de tantos sentimientos de insatisfacción, de tantas heridas que hemos recibido por faltas de amor, entonces tenemos el derecho de anhelar que Dios nos conceda esa experiencia liberadora. Si sabemos que nuestra emotividad herida e insatisfecha nos lleva muchas veces a causar daño a otros, a no entregarnos con alegría al servicio de los demás, entonces es lícito que nos atraiga esa experiencia de Dios que nos permitiría ser más disponibles, más serenos, más generosos, menos pendientes de nosotros mismos.

Pero con esto tampoco está todo dicho. Porque creemos que Dios tiene en cuenta el camino que trata-

mos de hacer nosotros, y quiere que estemos personalmente implicados en nuestro camino de liberación. La iniciativa siempre es de su gracia; pero una vez que nos la ha regalado, nos toma tan en serio, que nos permite aportar algo de nosotros para que esa gracia llegue a todos los rincones de nuestro ser. Por ejemplo, si alguien está enfermo porque guarda en su corazón un rencor, una falta de perdón a su padre, entonces parece que el sólo hecho de pedir perdón a Dios y de recibir su gracia no basta para que se libere de esas heridas que lo condicionan. Se requiere también lo que se llama una "cooperación" con la gracia recibida, una oración "adecuada".

La oración adecuada es algo más que rezar un padrenuestro pidiendo a Dios que me libere de mi enfermedad. Es una oración donde yo trato de sanar, con la gracia de Dios, la raíz de mi enfermedad, esa falta de perdón que tengo para con mi padre, por ejemplo.

Entonces, cada día le pido a Dios la gracia de poder comprender y perdonar a mi padre. Y si advierto que en realidad ni siquiera quiero perdonarlo, entonces durante un tiempo pido a Dios la gracia de "desear" perdonarlo. Y en esa misteriosa combinación de la iniciativa de su gracia y mis pobres intentos, llegará el momento en que me brote espontáneamente el deseo sincero del perdón, y luego un fuerte impulso de dar ese perdón, de decir, al menos en mi interior: "Papá, te perdono y te doy gracias porque me diste la vida".

Una vez dado ese perdón, es muy posible que muchas cosas empiecen a resolverse, que la enfermedad se

haga más llevadera y quizás se cure. Vemos entonces que hay una "manera" más adecuada de hacer una oración, que facilita la acción de la gracia en alguna dimensión de mi ser donde todavía no ha llegado.

Lo mismo puede suceder en mi experiencia del amor de Dios. Puede ser que mi experiencia de Dios sea verdadera, aunque la viva en medio de una aridez afectiva. Puede ser que Dios me purifique mediante esa entrega sin sentimientos ni pasión y que mi fe sea muy profunda. Pero si al mismo tiempo mi afectividad no está sana, eso significa que esa experiencia no basta. Por ejemplo, si no me basta para ser fiel a mi esposa, o para ser feliz en mi matrimonio, o para vivir con gozo mi celibato, o para trabajar con entusiasmo, o para tratar bien a los demás, quiere decir que la manera como estoy encontrando a Dios todavía es muy pobre.

Puedo entonces preguntarme si no estaré escapando, por distintos motivos, del amor de Dios; si no hay algo dentro de mí que me lleva a poner resistencias al amor de Dios, a desconfiar de él, etc.

Entonces, puedo comenzar a pedirle cada día que me dé su gracia para entregarle ese miedo, para arrojarme en sus brazos, para dejar que entre allí donde yo no se lo permito.

Alguien podría pensar que en realidad ahora sería mejor disfrutar de esta corta vida y, en todo caso, dejar para después de la muerte esa experiencia del amor divino, ya que tendremos toda la eternidad para eso. Pero eso es absurdo si pensamos que cada creatura, cada cosa bella de este mundo, por más preciosa que

sea, es sólo un reflejo pálido de la infinita belleza de Dios. Sólo él es bello, y las demás cosas son hermosas sólo en la medida en que reciben alguna hermosura de ese manantial infinito que es Dios. Por lo tanto, todos los atractivos de este mundo deberían elevarnos, ya desde ahora, al encuentro con la fuente divina, a beber de ese surgente inagotable de bien y de belleza. De lo contrario, sería como si nos pasáramos ochenta años sintiendo el aroma de una deliciosa comida en lugar de sentarnos a la mesa y disfrutarla felices. Pero, además, esperar la muerte para tener la experiencia de Dios va contra la lógica del amor. Ninguna persona verdaderamente enamorada sería capaz de pasarse ochenta años probando otros placeres y dejando para después el maravilloso abrazo de la amada. Simplemente, no soportaría la espera, esos años se le harían eternos, y todas las demás bellezas nunca lo dejarían satisfecho, sólo le despertarían cada vez más la sed de abrazarla. Lo mismo sucede con los que han probado el amor divino, como san Agustín, san Francisco de Asís, etc.

Eso no significa que Dios me regale pronto la experiencia de Ángela de Foligno o las llagas de san Francisco de Asís. Me dará lo que mi corazón esté necesitando y lo que libremente me quiera dar. También hay temperamentos que naturalmente están mejor predispuestos para ese tipo de experiencias y otros que no lo están tanto. Pero es muy posible que, haciendo un camino adecuado, todos podamos tener una experiencia más plena del amor de Dios, una experiencia que sane nuestra afectividad enferma, nuestra emotividad lastimada, que nos haga más alegres en nuestra entrega cotidiana, que nos haga más libres y felices.

Pero esto tampoco significa necesariamente que esa experiencia gozosa del amor divino, si la alcanzo, me liberará de todas mis debilidades psicológicas. No significa, por ejemplo, que un homosexual necesariamente dejará de serlo. Recordemos que la gracia de Dios puede coexistir con debilidades y también con pecados, cuando hay un condicionamiento muy fuerte. En esos casos, la persona puede hacer cosas que objetivamente son pecado, pero no ser culpable, y no perder la gracia de Dios ni la experiencia de su amor. Veamos cómo lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

La imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas a causa de la ignorancia, la inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, los afectos desordenados y otros factores psíquicos y sociales (CEC *1.735).*

Puede haber una religiosa que tenga que hacer grandes sacrificios para ser fiel a su virginidad, porque su psicología tiene algún fuerte condicionamiento en ese orden, y, sin embargo, tener al mismo tiempo una hermosa vivencia del amor de Dios muy auténtica, que la haga feliz.

Digamos finalmente que, en orden a alcanzar una experiencia gozosa y apasionada del amor divino, hay una cooperación sumamente importante: los actos de amor al hermano. Todo acto generoso, todo servicio afectuoso que prestemos a los demás, nos asegura que nuestra experiencia de Dios está bien encaminada. Así lo dice la Biblia:

El que ama al hermano camina en la luz y no tropieza. Pero el que no ama al hermano está en las tinieblas,

camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque la oscuridad lo ha dejado ciego (1 Jn 2,10-11).

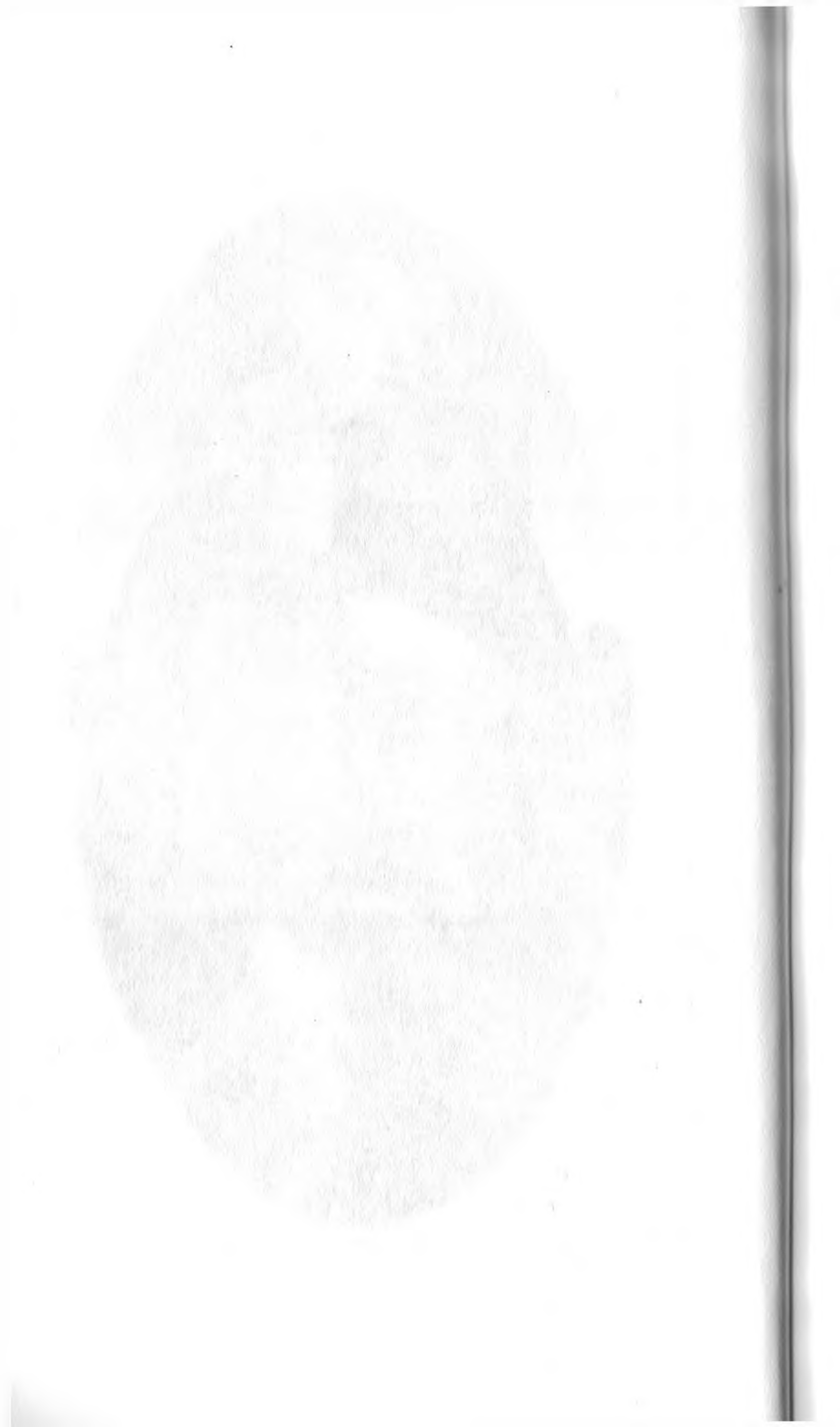
Además, todo acto sincero de amor al hermano nos va abriendo el corazón, lo va ablandando y lo libera del egoísmo. Y así el corazón se dispone mejor para dejarse amar por Dios.

Por eso decía san Buenaventura que las obras de misericordia facilitan la contemplación divina y nos disponen a amar plenamente a Dios:

Hay cierta acción que, unida a la contemplación, no la impide, sino que la hace más fácil, como las obras de misericordia y piedad (IV Sent., *37, 1, 3,* ad *6).*

Quien quiera ser perfecto amante de Dios, debe ejercitarse ante todo en el amor al prójimo (III Sent., *27, 2, 4).*

En ese sentido, viene bien advertir que, cuando la Biblia habla de Dios como esposo, no se refiere al Señor como esposo del corazón de cada ser humano, sino como esposo de su Pueblo, o de la Iglesia (Os 2,21-25; Ef 5,25; Ap 21,2-3). Eso significa que yo sólo puedo hacer una experiencia auténtica y apasionada del amor de Dios, si me siento parte de su Pueblo, si me uno a su Iglesia, si no me aíslo o me separo de los demás.



9 Dios en el orgasmo de la pareja

Hasta ahora hemos hablado sobre la posibilidad de llegar a una especie de orgasmo plenificante en nuestra relación con Dios; lo que no implica tanto alteraciones físicas, sino simplemente que Dios llega a tocar el centro anímico-corpóreo del placer, de modo que se experimenta una satisfacción que abarca a toda la persona. Esto nos lleva a otra consecuencia importante: nos invita a descubrir que, si Dios puede hacerse presente en ese nivel de nuestra existencia, también puede hacerse presente cuando dos seres humanos se aman y llegan al orgasmo; y ese orgasmo, vivido en la presencia de Dios, puede ser también un sublime acto de culto a Dios.

Esto es indudable si partimos de un presupuesto elemental: Dios ama la felicidad del hombre, por lo tanto, también es un acto de culto a Dios vivir un momento de felicidad.

Algunos textos de la Biblia nos confirman esta verdad:

No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber y disfrutar en medio de sus fatigas. Yo veo que eso también viene de la mano de Dios, pues quien come y bebe lo tiene de Dios (Ec 2,24-25).

Que todo hombre coma y beba y disfrute en medio de sus preocupaciones. Eso es don de Dios (Ec 11,8).

Hijo, trátate bien con lo que tengas... No te prives de pasarte un buen día, no dejes de satisfacer ningún deseo legítimo (Eclo 14,11.14).

Vemos así que el placer también es algo religioso, porque "es un don de Dios". Por eso, el que es capaz de disfrutar en la presencia de Dios, puede ser más fácilmente consciente del amor de Dios, y así abrirse a amar a los demás. El que no es capaz de disfrutar de los placeres de la vida, porque no se ama o no se acepta a sí mismo, difícilmente podrá amar generosamente a los demás. Por eso dice la Biblia:

El que es malo consigo mismo, con nadie podrá ser bueno. No logra contento en medio de los tesoros. Nadie es peor que el que se tortura a sí mismo (Eclo 14,5-6).

Podemos, pues, decir que estamos agradando a Dios y rindiéndole culto cuando somos capaces de go-

zar de los pequeños placeres legítimos de la vida. Entonces, no tenemos que escapar o escondernos de Dios cuando gozamos, porque es él quien "creó todas las cosas para que las disfrutemos" (1 Tim 6,17). Leamos, por ejemplo, el elogio del vino que hace la Biblia:

El vino es como la vida para el hombre, si lo bebes con medida. ¿Qué es la vida para quien no tiene el vino, que ha sido creado para la alegría de los hombres? Es regocijo del corazón y contento del alma... (Eclo 31,27-28).

Todo esto puede decirse también del placer sexual, que ha sido creado por Dios para la felicidad del hombre. Por eso, en la misma Biblia hallamos elogios al cuerpo de la mujer, como el siguiente:

*¡Qué bella eres, qué encantadora, oh amor, oh hija de delicias! Tu talle se parece a una palmera, y tus pechos son como los racimos. Por eso, ya he dicho, subiré a la palmera y tomaré esos racimos (*Cant *7,79).*

Además, el placer sexual tiene una nobleza particular por encima de los demás placeres del cuerpo, porque el placer sexual es vivido por dos, es compartido, y puede ser una maravillosa expresión de amor. Pero precisamente por eso el placer sexual puede perder toda su belleza cuando es sólo búsqueda de satisfacción personal y no se tiene en cuenta al otro, cuando se usa al otro sólo para beneficio personal de cada cual.

Lo que sucede es que un ser humano no es un plato de comida o un vaso de vino. Es sagrado, y no puede ser usado, sino debe ser objeto de amor.

Cuando se alcanza el placer sexual en un acto de amor, cuando los que hacen el amor son dos personas que se quieren, que se acompañan, que se ayudan, que han decidido ante Dios compartir todo para siempre y a pesar de todo, entonces el placer sexual es también un acto de culto a Dios, que ama la felicidad de los que se aman. En ese encuentro de amor, no busca cada uno su placer a toda costa, sino trata al otro con una delicadeza y una ternura que reflejan el amor divino, busca que el otro goce también lo más posible y que sea inmensamente feliz. Así, el placer del orgasmo se convierte en un anticipo de la maravillosa fiesta de amor que es el cielo. Porque no hay nada que anticipe mejor el cielo que un acto de caridad.

Debemos decir, por lo tanto, que no agrada a Dios la actitud de ciertas personas falsamente espirituales que niegan permanentemente al cónyuge la relación sexual, con la excusa de que buscan un amor más "perfecto". Porque es precisamente la unión sexual, como expresión de amor, lo que mejor manifiesta el amor de los esposos, lo que mejor lo protege y lo que más lo hace crecer. Ya lo decía el Concilio Vaticano II:

> *Este amor, asociando al mismo tiempo lo humano y lo divino, lleva a los esposos al don libre y mutuo de sí mismos, manifestado por sentimientos y actos de ternura, e impregna toda la vida... Este amor se expresa y perfecciona particularmente con el acto conyugal* (Gaudium et Spes, *49).*

El placer sexual no dificulta la espiritualidad ni la contemplación, porque si la unión sexual es un acto de

amor, éste no hace más que abrir el corazón, y facilita así la contemplación de Dios. Ya decía san Buenaventura que "nadie llega a la contemplación si no se ejercita en el amor al otro" *(III S.*, 27, 2, 4; *IV S.*, 37, 1, 3, ad 6), y según santo Tomás de Aquino "el afecto humano se dilata con el placer" (*Summa Th.*, I-IIae., 31, 3).

Fue la mentalidad griega la que influyó negativamente en el cristianismo, transmitiéndole un cierto desprecio del cuerpo. Los griegos no tenían una visión del hombre tan unitaria como la de la Biblia; más bien, entendían al hombre como formado por dos "partes", el alma y el cuerpo. Por eso, pasaban fácilmente de la exaltación del cuerpo a su desprecio total. Si se dedicaban al cuerpo, el cuerpo lo era todo; si se dedicaban a las cosas espirituales, despreciaban todo lo que tuviera que ver con el cuerpo. Cuando esta mentalidad griega influyó en el cristianismo, produjo la idea de que para ser más "espirituales" era necesario despreciar el cuerpo. Sin embargo, sabemos que los peores pecados, como el orgullo o el odio, no son precisamente pecados que tengan que ver con el cuerpo; son más bien "espirituales"; y sabemos también que en las obras más grandes de amor y de entrega también interviene el cuerpo.

Evidentemente, tampoco queremos decir que todo lo que tenga que ver con el cuerpo sea santo, porque una pareja puede quitar al sexo su finalidad más preciosa, y los amantes pueden convertirse sólo en dos ególatras que se masturban mutuamente. Además, el sexo sólo ha de ser una parte de la vida de la pareja, una manera agradable de expresarse el amor y de hacerse

feliz; el sexo por el sexo mismo es una forma de quedarse en la adolescencia y de falta de maduración. El sexo sólo por el sexo es de hecho la forma de sexualidad más común del adolescente que se masturba, porque en la masturbación alcanza placer y escapa del compromiso con el otro, se protege de los demás y no da nada de sí. De esa manera, sigue ligado a sus padres y no se desprende del cascarón familiar. Lo mismo le sucede a los que cambian constantemente de pareja y escapan así del compromiso afectivo. Y eso es, en definitiva, lo que se propone en la publicidad: adornar el propio cuerpo y rodearlo de cosas impresionantes para poder conseguir objetos de placer; así se quita al cuerpo su dignidad de instrumento y expresión de amor.

Para que el sexo no sea sólo una forma de usarse y consumirse mutuamente, es indispensable que en la pareja haya otras inquietudes y, sobre todo, que el amor mutuo se abra para buscar juntos la felicidad de los demás. Luchar juntos por algo, salir del encierro asfixiante de los dos, impide que el placer se enferme o se muera, porque así se mantiene el corazón abierto. De hecho, en la imagen cristiana de Dios, el amor entre el Padre Dios y su Hijo se abre necesariamente a una tercera persona, el Espíritu Santo. Por eso, todo auténtico amor de pareja, fuente de los mejores placeres, está abierto a los otros. El placer que no sólo produce una descarga momentánea, sino que planifica y da felicidad, es el que está unido al amor, y el amor es la verdadera santidad.

Y tan unido está el placer con la santidad que, según santo Tomás, si el hombre estuviera libre del pe-

cado habría mucho más placer en las relaciones sexuales (*Summa Th.*, I, 98, 2).

Por eso, en la mentalidad de santo Tomás, la relación sexual en el matrimonio ya no es un "pecado permitido", como decían algunos santos Padres de la Iglesia, sino puede ser también un acto meritorio, que hace crecer la perfección de un ser humano a los ojos de Dios. Es interesante descubrir cómo también en otras religiones hay una profunda valoración del placer sexual. Danielou, a partir de un análisis del shivaísmo, hace la siguiente reflexión:

El gozo es reflejo del estado de perfección, del estado divino. Durante un instante el hombre olvida sus intereses, sus problemas, sus deberes, y participa en el sentimiento de felicidad que es su verdadera naturaleza, su naturaleza inmortal... Nosotros alcanzamos mil veces más fácilmente la perfección interior —dice esta antiquísima religión— por la experiencia del gozo de los cuerpos que a través de las austeridades. De la unión erótica a la unión mística hay un paso fácil de dar (La sculpture érotique, París *1973, 15).*

Y un venerable teólogo egipcio del siglo XV hacía la siguiente alabanza a Dios:

Alabado sea Alá, que afirma los penes duros y rectos como las lanzas para hacer la guerra en las vaginas (Al Sonuouti).

No olvidemos que la sexualidad humana es parte de la obra más perfecta de Dios, la del último día, cuando Dios, al contemplar lo que hizo, "vio que era muy bueno" (Gén 1,31).

Separar a Dios del placer es renunciar a vivir una experiencia liberadora del amor divino. Querer esconderse de Dios cuando experimentamos placer, como aquella mujer que escondía el crucifijo cuando tenía relaciones con su esposo, es creer en un falso Dios que, en lugar de ayudarnos a vivir, se convierte en un perseguidor que odia nuestra alegría.

Así como un artista puede ofrecer a Dios, con inmensa ternura, una maravillosa obra de arte que ha logrado crear, así también una pareja puede regalar a Dios un bellísimo acto de amor en el que logran desbordar de placer y de gratitud, haciéndose felices mutuamente. Dios también goza con nosotros; es el más maravilloso de los poetas, porque la inspiración de éstos también es un reflejo de la sublime poesía de Dios.

Por algo, cuando los poetas ya no encuentran palabras para hablar del exceso de su amor, usan palabras de alto contenido religioso. Por ejemplo, la palabra "gracia" es uno de los términos más sagrados de la teología cristiana, porque expresa el amor completamente gratuito de Dios, que no puede merecerse ni comprarse con nada, que sólo se puede recibir como un regalo divino. Cuando Pablo Neruda quiso hablar de lo que significaba para él el cuerpo de la mujer amada, tuvo que acudir a esa palabra:

Cuerpo de mujer mía,
persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite...
(Poema 1).

Nosotros

Cuando Dios sacó a Eva
del costado de Adán, le arrancó el corazón.
Por eso el hombre anda medio perdido,
buscando su centro, la fuente de su vida;
y ella anda siempre buscando su hogar,
su cálido origen.

Nosotros, los humanos,
nos miramos,
nos observamos,
nos analizamos,
nos describimos,
nos comentamos,
nos clasificamos,
nos criticamos.

Y, por las dudas,
nos cuidamos,
nos atajamos,
nos defendemos,
nos escapamos,
nos borramos.

Otras veces,
nos ladramos,
nos lastimamos,
nos agredimos,
nos perseguimos,
nos despedazamos,
nos aniquilamos.

Pero también,
hay que decirlo,
de nuevo
nos miramos,
nos observamos,
nos analizamos,
y nos gustamos,
nos atraemos,
nos buscamos,
nos acercamos,
nos comunicamos,
nos rozamos,
nos tocamos,
nos acariciamos,
nos abrazamos,
nos besamos,
nos absorbemos,
nos fundimos,
explotamos,
y,
uno en el otro,
descansamos...

Dios en tu cuerpo

Despacito, no te apresures,
no tan humano.
Quiero que Dios me sane
con tus labios.

No impidas que el misterio
del amor infinito,
con tus toques de fuego y de ternura
me cure el alma.

Tranquila,
el mundo es nuestro,
besa más lento.

Permite que te invada
un rayo divino,
deja que se apodere de tu cuerpo.
Para quitarme el miedo,
para darme la paz y el amor
que me negaron...

Indice